

ALTER CUBA

Raúl Aguiar

ALTER CUBA

Raúl Aguiar

En el sueño él de pronto se encuentra en una ciudad muy similar a La Habana, pero no es La Habana. Al parecer es el día del trabajador o algo por el estilo y participa en una especie de manifestación pacífica junto a miles y miles de personas que gritan consignas, caminan con carteles y banderas cubanas a lo largo del muro del malecón, por la zona del Vedado, pero tampoco es el mismo Vedado. Sí, está el hotel Nacional, el Focsa, las principales avenidas sombreadas de árboles, pero faltan los edificios más altos, las torres, los supergráficos publicitarios, las antenas parabólicas.

Despierta y mira el reloj. Todavía siente el corazón bombeando con fuerza como inercia al viento de banderas alegres. Dos de la tarde. Hora de levantarse e ir a trabajar. De nuevo a la rutina, impartir conferencias clonadas a los mismos alumnos aburridos de siempre, horas vacías en la cátedra y sonrisas al jefe. Apenas se viste suena el celular. El importuno de costumbre, para recabar información fidedigna acerca de ciertos rumores sobre despidos de profesores que acaban por turbar todavía más la resignación del despertar en solitario.. Cuando cuelga piensa si no sería mejor tomarse la tarde para vagar sin rumbo y detenerse en algún bar conocido. Mejor no, se aconseja. Ya habrá tiempo después, cuando terminen las clases. “Hoy no voy a revisar exámenes.” Se toma su café bajo la reproducción del Guernica y sale apresurado en busca del transmetro.

En la calle todos juntos, vencedores o vencidos, a veces sonrientes, entregados a disímiles acciones y sin embargo conservan la mente fría, vigilante, tensando la mirada a todos lados para no regalarse al disparo, la explosión, el asalto, el accidente o el rapto.. Siempre hemos estado así, piensa, mala suerte.

El transmetro por fin llega a la parada del Habana Hilton y él baja y luego asciende la avenida L en busca de la Colina. Universidad Pública de la Habana. Sube por los costados de la escalinata y la histórica estatua de brazos abiertos le indica que ha llegado por fin al umbral donde se parte en dos el universo. Aquí adentro ya puede respirar aliviado. Aquí es necesario, querido, se le respeta y a veces hasta se le aplaude. Surca la plaza Cadenas y su vista se desliza por las paredes llenas de carteles escritos a toda prisa y graffitis en contra del Gobierno de Urquiza y los paramilitares. Entra a la Facultad de Filosofía y Letras.

Viene Felipe, uno de sus mejores alumnos y le entrega un papel con la imagen de algo que parece un arbolito, pidiéndole que lo lea y luego lo firme. Mira la hora, se pone las gafas y comienza a leer. Es una especie de llamamiento en contra de la fumigación en las zonas declaradas reserva natural para erradicar los cultivos ilegales de Datura. No sabía que Felipe estuviera en un grupo

ecológico, piensa. Luego estampa su firma, más por quedar bien con sus estudiantes que porque lo hayan convencido con la proclama, tal vez demasiado alarmista para su gusto.

Ya en la cátedra, Eduardo siente como la dejadez y el aburrimiento le van cerrando los párpados. “Literaturas germánicas medievales”, sus ojos comienzan a desandar las estrofas leídas y no logra encontrarles significado alguno. Son las dos y cuarenta y tres de la tarde. A las tres y diez debe ir al aula a dar clases.

Con esfuerzo, cierra el libro y lo guarda en el portafolios. Lo dejará para una mejor ocasión. “Eduardo”, escucha que lo llaman desde la puerta. Es una colega de Filología. “¿Tú eres profesor del aula doce?” Un gesto de asentimiento y ella que le informa: “Ven conmigo; Domínguez quiere saber cuáles son los alumnos con problemas en tu asignatura”

Leve fastidio que no transparenta el rostro y él se levanta, atraviesa los pasillos semivacíos, las paredes llenas de carteles, listas de calificaciones y guías de examen, luego la escalera, otro pasillo y por fin la puerta del despacho del vicedecano. Un breve saludo y al grano: “¿Cuáles son los alumnos que tienen problemas?” Eduardo observa que Domínguez tiene una lista de nombres en la mesa y se contenta con decir los dos suspensos: “Alejandro y Víctor suspendieron conmigo”; “Bien, ¿y en cuanto a la disciplina?”; “Esos mismos de la lista”. Ya está. El vicedecano circula los dos nombres mencionados y pone al lado una F mayúscula. Eduardo aprovecha para encender un cigarro. “¿Algo más?”, y al recibir la negativa regresa a la cátedra. Dos y cincuenta p.m. Ya falta poco. Ante sus ojos se recrea el futuro horrible de tres turnos seguidos, entre ellos tercero y cuarto, los dos últimos, del carajo. Hoy no siente deseos de trabajar. Lunes, el peor día de la semana. Eduardo toma la caja de plumones, los registros y los mete dentro del portafolios. Suena el timbre.

“Grupo 107. Esa es el aula de Alicia, la muchacha que me dio su intento de cuento para que lo criticara. Tengo tiempo todavía. Vamos a ver...”

...Las sombras son ojos. Los vivos mienten el sueño de sus muertas. Somos los hijos de un sueño de ciervo, al final del país de Aicila, el llanto de la bestia perfecta felina. Lágrimas-furias, cayendo lentas en cataratas oníricas, envueltas en la caricia del lodo. No llores...Aquí nadie te escucha.

El cuento sigue por el mismo estilo. Eduardo piensa que Alicia ha leído demasiado Tolkien, pero que tiene potencial de escritora en las venas, claro que habría que... Vuelve el sonido del timbre, anunciando el fin del receso. Eduardo sube las escaleras en dirección al aula. Aguarda unos minutos a que los estudiantes hagan silencio y luego les da las gracias, saca los libros y comienza su conferencia. Hoy toca hablar del monólogo interior y la corriente de pensamiento. Cita a Joyce, lee fragmentos del Ulises, habla de Faulkner y Virginia Woolf. Sabe que para la mayoría de los estudiantes sus palabras son como pregones lejanos pero a él no le importa; habla para los tres o cuatro que realmente escuchan y siente más próximos, muchachos de

hormonas todavía selváticas pero de pensamiento hondo y escritura febril, soñando editoriales, con preguntas intentando partir en dos lo indivisible. Es en ese momento cuando ella entra con un leve golpe de tos fingida para llamar su atención. Permiso profesor, susurra, se acerca innecesariamente a la mesa, tal vez con la intención de que le llegue su perfume y luego va a sentarse al fondo de la clase.

El de pronto descubre que la muchacha es bonita, un poco delgada, sí, pero bonita, y decide discutir el texto con ella cuando terminen las clases, “No creo que haya nada malo en eso, al fin y al cabo eso es también enseñar, ¿no?” se refugia en la última idea pero adivina que en los ojos de esta muchacha hay algo más, quizás hasta sórdido pero muy atrayente a la vez. Bienvenido a la República de los viejos verdes soñando veinteañeras, se recrimina y trata de desviar la mirada de ciertas penumbras que se avistan debajo de la falda de la joven, los muslos abiertos peligrosamente, solo para él. Termina la conferencia de la mejor manera posible, orienta los trabajos para la casa y se despide. Antes de salir del aula ella lo atrapa y le pregunta cuando estará libre, desearía escuchar su opinión sobre el cuento. Se citan para las seis en la cafetería universitaria.

El resto de la jornada se va fugaz, repitiendo casi las mismas palabras al contestar las dudas de siempre, y ninguna es interesante. Tiene que ver con la hora, y en que hoy tuvieron examen. Ya están agotados. Suspira de alivio cuando escucha el último timbre que indica el fin de las clases. Recoge su portafolios y se encamina al lugar de la cita.

Ella tarda y Eduardo siente que está a punto de darse de puñetazos, piensa en qué necesidad tienen las mujeres de instigar deseo con demora, espera que la espuma de la cerveza baje un poco y se refresca con un trago largo, su memoria se desliza por una decena de rostros femeninos cuasi olvidados y se recrimina por qué nunca ha sabido negarse a una petición femenina, siempre en función de luchar contra la soledad cae en extremos ridículos, regala su tiempo y energía por nada, por una sombra, una voz incitante y peor si los designios astrológicos conllevan milagrosamente al sexo. Después se ven obligadas a convertirte la vida en un castigo. Por suerte se levanta un poco de viento y revolotean las hojas y él pasa a otros pensamientos más constructivos. Ya es hora de irse a buscar la paz ansiada entre sus cuatro paredes, al frente del televisor o la computadora, a gastar el tiempo antes de ir a la cama donde, con suerte, podrá dormir sin esos sueños de marchas y banderas en una Habana absurda.

Cuando ya está a punto de marcharse lo detiene la voz de Alicia, que viene casi corriendo, jadeante y él de pronto comprende que cielo hay, en todas direcciones. Eso le pasa por denostar a priori. Si creas negatividad, el juego te sale negro. Te pasan la cuenta, por pesimista. De pronto se siente listo para la eterna lid de los sexos.

- Ay, profesor Eduardo, discúlpeme, pero no pude salir antes. La clase era sobre Realidad y Ucronía, y se alargó más de lo que pensé. Los muchachos hicieron un millón de preguntas.

- ¿Ucronía?

- Sí, el concepto de Umberto Eco. Un tipo de narrativa fantástica. ¿Qué hubiera pasado si lo que sucedió históricamente en nuestra realidad, hubiera sucedido de otra manera?

- Como “El hombre en el castillo” de Philip K. Dick.

- Sí, no lo he leído, pero el profesor Roberto lo citó en la clase.

- Ya. ¿Y a ti te gusta la fantasía, ¿No? Me di cuenta al leer tu cuento.

- Sí. ¿Me puede decir qué le pareció?

Eduardo ofrece su análisis. Mientras habla se deja atrapar por el olor a jardín fresco de la muchacha, aspira su perfume y siente que se le humedecen las palmas de las manos, todavía incrédulo de sus mutuas presencias se descubre nervioso, como si fuera un burdo conquistador adolescente, conciente del privilegio de captar su atención, los ojos brillantes, la proximidad casi íntima de sus cuerpos en el espacio, ella asiente en silencio, al alcance de sus labios y él denuesta de intemperies y extraños, de su propia timidez ancestral, hasta que ella busca una rendija en su charla, murmura algo tan incomprensible como “Yo escribo para esto, profesor”, y lo besa en los labios.

Envídienme dioses, piensa él eufórico cuando por fin se separan para tomar aliento. Luego, sin saber por qué, recuerda a Tiresias, enceguecido, y les agradece en silencio.

- ¿Qué vas a hacer ahora? – le pregunta a la muchacha y le parece que han estado sentados uno frente al otro desde hace siglos.

- ¿Me puedes acompañar a casa? –ella mira su relojito de pulsera. – Todavía debo estudiar para el examen de mañana. Ya es tarde y Felipe está reunido con su grupo de ecologistas.

Eduardo se pone de pie y reprime los deseos de preguntarle a Alicia el tipo de relación que tiene con Felipe. Calcula cuánto dinero tiene en la billetera. Alcanza para un taxi. En eso pasa el rector, le saluda de lejos y él se separa imperceptiblemente unos centímetros de la muchacha. Esboza una sonrisa servil y responde al saludo.

- Dale, vámonos de aquí – le dice nervioso a la muchacha.

Esa noche no ocurre mucho más. Otro beso en los labios como despedida y él promete telefonarle para concertar una cita. No, no se verán durante el día, lástima, él debe dar clases en Santa Marta, la universidad católica. Regresa con la palabra “Ucronía” dominándole el pensamiento. Ya lo recuerda. El concepto aparece en un artículo titulado algo así como “Los mundos de la ciencia ficción”. Rápidamente toma su diario, lo abre sobre la mesa y escribe la palabra seguida del nombre del escritor italiano. “Buscar artículo”, aclara después. Luego revisa uno de los bolsillos de la camisa, saca la dirección y el teléfono de Alicia y los transcribe en una de las hojas finales de la misma agenda.

Todavía es temprano. Comienza a revisar los exámenes de sus alumnos de la Santa Marta – por suerte quedan pocos por calificar, debe entregar las notas mañana mismo- y cuando por fin termina, una hora después, enciende la televisión y busca el History Chanel pero lo que están poniendo es un programa sobre instrumentos musicales y él se va a la cocina a prepararse la cena. Revisa los estantes pero solo tiene una bolsa con arroz y otra de judías, se hace la imagen de los pequeños granos temblando entre burbujas durante dos horas y opta por un refrigerio – ya será hora de comenzar a hacer dieta para bajar la barriga incipiente, maldición de los 40 – piensa, y prepara un sandwich con fondo de quenenas, teponaztlis y cornamusas, hasta que no soporta más, -nunca le han gustado las gaitas- regresa a la sala y zapea un poco hasta dar con un canal de noticias cubano.

La Comisión de Derechos Humanos adoptó hoy una declaración en la que expresa su 'grave preocupación' frente a la situación de los derechos y libertades fundamentales en Cuba y pide al Gobierno que continúe el diálogo y el proceso de negociación con los grupos ilegales armados.

“Como si eso resolviera algo”, piensa Eduardo y devora su sándwich ya sentado en el sofá de la sala.

Asimismo, destaca los esfuerzos del Gobierno de La Habana por establecer el Estado de Derecho en todo el país, luchar contra la impunidad, el terrorismo y el narcotráfico respetando al mismo tiempo los derechos humanos.

“Como si los del gobierno no fueran los peores de todos”, Eduardo se levanta y va en busca de una cerveza, la abre y regresa. Ahora ponen noticias internacionales. Invasión norteamericana a Libia. Bombardeo con NAPALM a los supuestos enclaves de las milicias amazónicas. El mundo se desmorona y esta gente sigue intentando resolver los problemas a patadas.

Piensa en Alicia, recuerda su perfume y lo compara con el de Adriana, aquel carísimo que usó durante tantos años, el mismo siempre desde que él cometió el error de decirle que le gustaba. Adriana... Ayer mismo pudo por fin hackear su correo, puro masoquismo, para enterarse de que su ex-mujer tenía una nueva relación con un español, un tal César, y en uno de los mensajes le aclaraba cuáles eran los trámites para una invitación en regla. Con la última frase “Te amo, César, eres maravilloso, contigo he aprendido otra vez a vivir intensamente”, Eduardo sintió como se le destejía el universo de una buena vez, la esperanza de una reconciliación escapando de su último refugio de la forma más amarga y él perdiendo toda voluntad de continuar, se imaginó de pronto haciendo equilibrios en las cornisas de cualquier edificio lo suficientemente alto para no tener la menor oportunidad de sobrevivir, una idea que por suerte desapareció rápido apenas tomó dos sedantes y se recostó tranquilamente en la cama con la esperanza de despertar al día siguiente en el capítulo II de esta novela grotesca, todavía sintiéndose un perro pero ya fuera de peligro, por suerte. Y ahora Alicia...

No sabe cuánto va a durar la aventura, posiblemente muy poco pero es reconfortante entregarse al paisaje feliz de una chica tan linda como la nieve, amén de sustituir unos recuerdos por otros, recién estrenados.

Ya recuperado en su orgullo, conecta el despertador y se dispone a dormir plácidamente. Muy pronto comienza a soñarse en la misma ciudad de siempre.

El sueño esta vez consiste en un grupo de jóvenes desconocidos, vestidos de negro y con cabellos hasta los hombros que, en pleno torneo de agudezas, le dicen adiós a unas muchachas que se alejan en dirección contraria hacia el otro lado de la calle. Muy pronto reconoce el lugar. Es la avenida de los presidentes, haciendo esquina con la de 23. Lo extraño es que ambas solo son de dos carriles, sin la vía central para el transmetro y surcado por automóviles de la década de los 50. ¿Estaré en el pasado?, piensa un instante pero de inmediato rechaza la idea al descubrir también automóviles de último modelo disputándole el espacio a los antiguos. Los motoristas tampoco usan chaleco con el número de las placas en el pecho y la espalda, como es de rigor. ¿Qué pasa?, ¿Habrán quitado la ley? Y siente un poco de temor por la posibilidad de una vuelta a la época de los sicarios motorizados pero no, porque se respira un ambiente pacífico y esa situación no parece importarle a ningún alma viviente. De todas formas se siente débil, desprotegido, y aún todavía más cuando uno de los jóvenes se dirige a él, diciéndole algo así como “Oye Eduardo, ¿qué coño te pasa? ¿Te has quedado mudo, o qué?” y entonces es cuando comprende que él es uno más de ellos, ha rejuvenecido milagrosamente hasta la adolescencia, unos veinticinco años menos, que maravilla, y también lleva el pelo largo atado en una trenza pero vamos, esto es absurdo, piensa, esto no puede ser real, y entonces descubre que está dentro de un sueño.

- Dale, nos vamos para el malecón - dice el otro y echa a caminar delante de él.

- Oye, espera, - Eduardo piensa que no puede dejarlo ir así. - ¿Dónde estamos? - le pregunta. - Digo, ¿en qué año?

- Coñó. Te dio fuerte. ¿Dónde vamos a estar? En el Vedado. ¿Cuántos pastillas te tomaste?

- Dime, ¿en qué año estamos? - insiste.

- En el 2006, viejo, no jodas más. Dale, vamos.

Concuerta. O sea, que no es el pasado. Echa a andar en pos del otro. Ahora tiene deseos de preguntar miles de cosas.

- ¿Y de quién es la estatua esa?

- Asere, ¿de quién va a ser? De Allende.

¿De Allende? Por lo que él recuerda, en ese lugar había un busto de Eduardo Chibás, el primer presidente por el partido ortodoxo, uno de los pocos que intentó acabar con la corrupción. Como la

vez pasada, algunas cosas concuerdan, otras no. La diferencia esta vez es que se trata de un sueño autoconciente. Y si todo es un sueño, entonces puede hacer cualquier cosa que desee. Como volar por ejemplo. Da un saltito pero no pasa nada. La fuerza de gravedad sigue portándose exactamente igual que en el mundo de la vigilia. Observa al muchacho. Esa es otra diferencia. Los seres de este sueño parecen completamente reales, igual que las calles, los autos, los edificios. No se ven diluidos ni fantasmales como las otras veces. La sensación es sumamente agradable, piensa, siempre y cuando se mantenga así y no se convierta en una pesadilla con monstruos, psicópatas o caníbales persiguiéndole con lanzas.

De todas formas se siente eufórico, con la embriaguez de un turista en una ciudad nueva por conocer, aunque esta no sea tan alta ni con tantas luces como su homóloga en el mundo real. Aquí una estatua ecuestre, ¿Quién es? Bolívar. Muy bien. Muy bueno eso de tener una estatua de Bolívar aquí, sustituyendo la de Prío, ese descarado. ¿Y esta avenida es Línea? También. Menos mal. ¿Y aquí no había una iglesia grandísima de cienciaficción? ¿Nunca? Qué raro. Continúan bajando en dirección al mar. Es cierto que hay menos esplendor, pero se nota a la gente más segura, sin temor al prójimo. Pasan por el costado del hotel Presidente que está idéntico excepto en el color y en que no hay lumínicos anunciando el Casino, luego la estatua de Estrada Palma, pero de esta solo quedan un par de zapatos y por fin llegan al malecón. Eduardo respira aliviado. Por lo menos la estatua ecuestre de Máximo Gómez sigue en el mismo lugar.

- Aquí no hay nadie. – dice su guía – Deben estar para la Tribuna, seguro que hay concierto. Vamos.

Caminan a lo largo del muro, en dirección al monumento del Maine. Un grupo de jóvenes están sentados en el muro, o en los bordes del monumento, conversando a viva voz, jugando con sus amigos a perseguirse entre risas, una especie de hermandad rockera de la cual supuestamente él es parte integrante. Su guía le dice que espere y se aleja a saludar a unos conocidos. Eduardo se dedica a observar el monumento, muy poco iluminado, y cuando su mirada llega a la cima descubre que el águila ha desaparecido y ya no sabe ni qué pensar.

-¡Eduardo! -escucha que llaman y de pronto es Alicia, que llega corriendo, lo abraza y se sienta a su lado. -¡Mira lo que conseguí!- dice eufórica, rebusca en su mochila y saca un cuchillo, que luego resulta una especie de daga medieval. - ¿Te gusta?

Él no logra salir del ofuscamiento. Sí, es Alicia, hasta tiene la misma edad, pero es una Alicia en versión punk, con el pelo verde y llena de piercings en la nariz, orejas y labios. Casi ni se atreve a preguntar:

-¿Alicia?

Ella lo mira un tanto confundida:

-Claro. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

A él por fin se le ocurre una excusa para salir del atolladero.

-Tomé drogas. Parece que mezclé algunas y ahora tengo un poco de amnesia.

-Qué raro. Pero ¿Cómo es? ¿Qué te sientes?

La excusa es perfecta, piensa Eduardo. Pérdida de la memoria, ¿cómo no se le ocurrió antes? Ahora podrá preguntar todo lo que desee.

-Por ejemplo, ¿qué pasó con el águila que estaba aquí?

-¿Qué águila?

-La del monumento. La que estaba allá arriba..

-¡Ahora sí! -ella mueve la cabeza con incredulidad.-¿Tú estás hablando en serio?

-Sí. De verdad no lo recuerdo.

-Pero Eduardo, si todo el mundo sabe que al águila la tumbaron cuando triunfó la Revolución.

-¿Cuál Revolución?

Ella se queda en silencio unos segundos, luego sonrío:

-No, no, Tú me estás jodiendo. Coño, Eduardo, me lo creí. ¡Qué pesado tú eres!

-Oye, de verdad que no me acuerdo.

-Ya, ya, no juegues más. No me cojas para eso.

Pero al notar que él sigue callado, ella vuelve a preocuparse.

-¿Quieres ir a un médico? Creo que hay policlínico cerca de aquí.

-No, no te preocupes –trata de tranquilizarla-, estoy seguro que se me pasa rápido, vas a ver. Tú solo explícame.

-¡Imagínate tú!- Ella piensa durante un rato, luego se acerca y le toma las manos. -¿Por lo menos te acuerdas de mí?

-Sí, pero... ¿qué somos? ¿Amigos o novios?

-Amigos. Buenos amigos. – sin embargo, su voz suena triste – Fuimos novios, pero yo... - Ella mueve la cabeza y se sacude el pelo – A veces es mejor no recordar ciertas cosas. Dale, pregúntame lo que quieras.

-Explícame eso de la Revolución.

-Ya. Primero de enero. ¿Te dice algo?

-No.

-¿Y Fidel Castro? ¿Y el cuartel Moncada?

- Si, algo, pero no lo recuerdo bien. Un asalto ¿no?, pero no tuvo éxito. Los mataron casi a todos.

- Bueno, por lo menos te acuerdas de eso. ¿Sierra Maestra? ¿Playa Girón?

-Son lugares de Cuba.

-Cojones, qué loco estás.

Ella ahora lo mira con lástima, sin embargo él miente. En el mundo real, su mundo, la Sierra Maestra, así como las otras cordilleras, el Escambray, la Sierra de los Órganos, hasta los bosques del cabo de San Antonio se han convertido en un campo de batalla entre los traficantes y cultivadores de datura, los guerrilleros y el ejército gubernamental. Esta guerra ya lleva cerca de 40 años, desde que se descubrió la maldita planta de flores violetas, *datura cubensis*, en aquel momento endémica y a punto de extinción total y de pronto, a partir de las invasiones hippies de los 60, la droga asombrosa, número uno en el mercado underground, superando ampliamente otras sustancias menores como la coca o la heroína.

Claro que Eduardo no le cuenta nada de esto a Alicia. ¿Para qué? De todas formas, aunque solo se trate de un sueño. quiere encontrarle cierta lógica a todo lo que dice la muchacha.

-¿De verdad no quieres ir al médico?, insiste ella. Cada vez te veo más pálido.

-No, mejor sígueme contando. Una Revolución. Es difícil creerlo. ¿En qué año?

Alicia enciende un cigarro, aspira una bocanada y contesta:

-1959.

Ahora se siente un poco mareado. Recorre el lugar con la vista y descubre que todo el paisaje ha comenzado a difuminarse en una especie de niebla rotatoria y gris, el vórtice de un ciclón. Lo asalta el vértigo, como si de pronto estuviera al borde de un barranco infinito. -¿Qué te pasa? ¡Eduardo!- grita ella con una voz que parece hueca. Intenta concentrarse en la piedra mármol del monumento. y cuando va a hablar nota que el rostro de la muchacha se va haciendo cada vez más transparente hasta desaparecer en una oscuridad total...

Despierta y radio reloj lo saluda brutalmente lacerando de noticias sus oídos. Un locutor grazna acerca de otro asesinato con parloteo de pájaro incansable. *Maria Claudia Torres, fiscal de Jaimanitas, fue asesinada en la noche del viernes a las puertas de su domicilio en Miramar,-* y a él le parece haber leído ese nombre en los periódicos, otro ser que se irá a surcar las sombras por cuenta de un desconocido con arma de fuego. *La fuente indicó que el crimen tuvo lugar en Marianao, cuando la víctima aparcaba su vehículo particular en el domicilio.* Con gran esfuerzo de voluntad Eduardo mira la hora y se levanta de la cama. ...precisa la *Policía Metropolitana de*

Marianao, que el asesino huyó a pie del lugar del hecho. Él piensa, casi desesperadamente, que estos crímenes están ocurriendo todos los días. Fue una mala idea eso de despertarse con las noticias nacionales. Entonces, cuando ya está en el baño, recuerda que soñó. Un sueño raro, la misma fantasía de otras ocasiones pero esta vez mucho más vívida, con diálogos, una extraña coherencia lógica y hasta la presencia de Alicia.

La pasta del dentífrico sabe a manzana y al cepillarse da una sensación como de arenilla en los dientes. No llega a ser desagradable pero para la próxima comprará otra marca. Y también algo para las canas. Siente nostalgia por las edades perdidas y los amigos ausentes. La mayoría de ellos se largaron cuando imperó el último régimen militar, otros desaparecieron sin dejar rastro, los sobrevivientes decidieron enterrar la ideología e identificarse con cierta lógica nihilista, la vida aplicada al consumo como objetivo primario, y al demonio los fusiles y aquellos vientos de banderas. ¿Cómo habría sido Cuba si hubiera triunfado una Revolución? ¿Peor?, ¿mejor? Ucronía. Debería anotar esos sueños, piensa, mucho más ahora que han aparecido elementos concretos. Por suerte todavía los recuerda. ¿Qué nombres había dicho la Alicia del sueño? *Fidel Castro, Moncada, Playa Girón.*

Todavía sin vestirse apunta los nombres en el diario. *Preguntar o buscar en Internet*, escribe.

Santa Marta, como toda universidad privada construida en los últimos años, parece un hotel cinco estrellas, con piscinas, campos de pelota, fútbol y tenis, para estudiantes de altos ingresos, futuros gerentes y abogados. Aquí *Revolución* es una mala palabra, su sola mención ya atraería el fantasma del despido, aún más cuando los patrocinadores no tienen muy claro el por qué de darles un curso de literatura. Según rumores, tanto dinero derrochado –hay un lago central con carpas y cisnes azules, de mil dólares cada uno- solo puede provenir del narcotráfico. Eduardo imparte sus conferencias ante el mutismo habitual de sus alumnos, todos chicos bien, sin contradicciones de ningún tipo con el sistema.

Cuando llega a la cafetería para comprar cigarros, encuentra dos muchachos peleando. “¡Porque esos libros eran míos y nada más que míos!”, grita uno de ellos. Llegan los profesores y se aclara la situación. Son hermanos y mantienen una relación bastante competitiva. Este tipo de peleas es bastante inusual aquí. Podría provocar la expulsión instantánea, si no fuera porque son los vástagos de un patrocinador importante.

Suena el celular y es Ramón, profesor de historia de la universidad del Este, antiguo colega de la Colina.

- Oye, Eduardo, hace meses que no sabemos nada de ti. ¿Dónde te metes?

Conversan un rato. De pronto Ramón recuerda su cumpleaños

-¿Cuántos cumplés, 40?

Eduardo suspira: -Ojalá.

Entonces su amigo le invita a pasar por su casa para celebrar.

-No me hagas esto, viejo-, protesta cuando él intenta negarse, -Me dijiste la última vez, delante de Estela, que vendrías a conocer al bebé. No admito excusas.

Eduardo le explica sin muchos detalles lo de su cita con Alicia.

-Tráela. Así la conocemos.

Él termina por aceptar y luego recuerda.

-Oye, Ramón, ¿me puedes ayudar con algo de historia? Es para una investigación.

-Claro. Lo que quieras.

-¿Tienes información sobre un tal Fidel Castro? Dirigió un ataque a un cuartel en Oriente, en Santiago de Cuba.

-¿En qué época?

-No estoy seguro. Década del 50, creo. Cuando Batista.

-Quizás. Vamos a hacer una cosa. Déjame investigar un poco y cuando vengas a la tarde te digo, ¿Te parece bien a las ocho? Así tendremos tiempo de conversar en lo que Estela cocina”

-OK.

-Bueno, entonces a las ocho.

Apenas cuelga, mira la hora. ¿Ya Alicia habrá terminado? Busca el número en su agenda y llama.

Ella lo saluda alegremente. Está feliz, sacó una buena puntuación en el examen oral. Sí, tiene libre el resto del día. y le parece una magnífica idea eso de encontrarse en un par de horas para ir a almorzar.

-Te paso a recoger.

Ella le dice que esperará en uno de los bancos de la plaza Cadenas. -Te quiero. -dice al despedirse y él de nuevo le agradece a Dios por el regalo.

En esas dos horas, Eduardo recoge el cheque de su salario en Santa Marta y va a cobrarlo al banco. Cien mil pesos, unos 400 dólares. No es mucho, pero sumado al de la Colina que cobrará pasado mañana ya le da para pagar los impuestos, el seguro médico, la mensualidad del apartamento y todo lo demás, sin lujos. Tal vez dentro de cinco años podría comprarse un auto o una motocicleta, y si se aprieta bien, hasta un viaje a Nueva York o España. Habrá que imponerse una norma de gastos y comenzar a ahorrar, o conseguir otra fuente de ingresos. Pensando y soñando le preguntará a Ramón

si hay alguna plaza en su universidad para profesores de literatura. Por lo pronto, ir a buscar a Alicia, luego definirá a donde llevarla.

Terminan en un pequeño restaurante ciberpunk cerca de Miramar. El ambiente es una copia fidedigna de los escenarios de Blade Runner. Música suave de Vangelis. El aire acondicionado al máximo, como para morir de frío. Ella, entre un bocado y otro, vuelve a mencionar a Felipe.

-En Agosto nos marcharemos de vacaciones a Puerto Rico. -Luego, al notar la mirada rara de él, le aclara. -¿No lo sabías? Somos hermanos. De padres distintos, claro, por eso tenemos apellidos diferentes pero vivimos juntos.

Eduardo de pronto siente como el corazón se le alivia y entonces, con los huesos casi congelados y entrechocar de dientes, se atreve a invitarla a su apartamento. Ella solo sonrío y asiente con un gesto.

En las avenidas, la eterna estampa de la desolación. Gente pobre, afluencia de los suburbios, que vienen al centro a ganarse la vida buceando entre la basura algún objeto para revender, limpiando ventanillas de autos, o si no como mercaderes ambulantes de cigarros, chicles, periódicos o cualquier tipo de baratija. En cada semáforo varios negritos hacen juegos malabares sin importarles el peligro, actos difíciles y no muy bien ensayados, vigilando el cambio de luz en los postes para pedir limosna a tiempo antes de que vuelva la verde. Alicia llama a uno de los negritos y le da unas monedas. Eduardo de pronto se siente miserable y en el próximo semáforo hace lo mismo. Claro que esto no basta para irse a dormir tranquilo, piensa.

-Este país es un cementerio de vivos. -murmura el chofer del taxi y Eduardo se sorprende por lo certero de la metáfora.

Eduardo abre la puerta de su apartamento e invita a pasar a la muchacha.

-¿Quieres tomar algo? -pregunta.

Alicia, después de aceptar, -Sí, hazme un Cubalibre. - se pone a observar los cuadros, adornos y letreros de las paredes. Él pone el equipo de música y se va a la cocina en busca de la bebida.

-*Para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre*, -lee ella en la base de uno de los cuadros, - *para que los cocodrilos duerman en largas filas / bajo el amianto de la luna*. ¿De quién es el poema? -pregunta.

-De García Lorca.

-Ah sí, Lorca, por supuesto. Ya me parecía conocido.

Eduardo regresa con una bandeja donde ha puesto dos vasos, una botella de bacardí y un pomo de refresco.

-Está frío, ¿lo quieres con hielo?

-No, así está bien.

Se sientan en el sofá. Por un rato no hablan, bebiendo de sus vasos y sumidos en la música. Ella parece concentrada en el material azul topacio de que está hecha la mesa. Luego se acerca y roza sus labios en una caricia leve.

-Ámame. - susurra sensual y le rodea el cuello con sus brazos -Tanto como puedas, yo no te voy a pedir más.

El la besa en la frente, el pelo dorado sobre la nuca, luego la carga en brazos, tan delgadita Alicia que sus huesos le parecen hechos de plumas, y la lleva al dormitorio.

El resto es oportunamente erótico. Se dedica a desnudarla sobre la cama y recorrerla con sus dedos y labios como si fuera un niño, luego ella se pega a su cuerpo y le abre las piernas para que él entre, primero con movimientos tímidos, luego en pugna y en busca del placer más allá del límite hacia una especie de torbellino arrebatado y panteísta donde los dos se fusionan en un solo cuerpo que es el todo.

Ya en el reposo y desmoronamiento de músculos que procede al acto, Eduardo le dice a Alicia que soñó con ella y le cuenta con lujo de detalles. Alicia sonrío:

-¿Así que en tus sueños soy una especie de punk? Qué interesante. -y luego queda pensativa unos minutos, el tiempo que tarda un cigarro en consumirse.

- ¿Y si sencillamente estás soñando una utopía adolescente? -pregunta ella- ¿un deseo insatisfecho? Creo que Freud decía algo de eso: que todos los sueños son deseos.

- Podría ser. Una Revolución que tuvo éxito. Yo más joven, casi de tu misma edad. Y para colmo, rockero.

- Te verías muy bien disfrazado de rockero, ja, ja.

- No juegues. Lo que me asusta es que esos sueños son demasiado vívidos, coherentes, todo parece perfectamente real, en cada detalle, hasta el paso el tiempo.

- ¿Sabes? Al contarme tu sueño me hiciste recordar el libro de un antropólogo, llamado Carlos Castaneda, que leí hace tiempo. - Ella se incorpora y se sienta con la espalda recostada al respaldar de la cama. - El tipo plantea que esta realidad y nuestra percepción de la misma está afianzada en lo que él llama el punto de encaje. Cada posición del punto de encaje permite la percepción de un mundo completamente diferente al mundo cotidiano, un mundo tan objetivo y real como el que percibimos normalmente. Cuando soñamos ese punto de encaje se desplaza hacia otro lugar de nuestro huevo luminoso, y es como si viajáramos a otra realidad.

- ¿Un mundo paralelo?

- No, no lo creo. Digamos que a otra percepción de la realidad, para nada similar a la de todos los días. Entonces, cuando despertamos, ese punto de encaje vuelve a su punto original. Hasta propone un método para hacerlo concientemente. “El arte de ensoñar”, le llama.

- ¿Y describe esos mundos?

- Sí, pero no son ucronías, nada parecido a los tuyos..

- Ah, bueno...- Decepción. El de pronto recuerda la cita con su amigo – A propósito, ¿qué hora es? – mira el reloj despertador y comprueba que están a tiempo.

Ella va al baño y él se viste. Media hora más tarde los dos están listos. Cargan un par de botellas de vino en una bolsa y lamentan no llevar ningún regalo para el bebé y la madre. Ya en la esquina se detienen en una tiendecita para comprar un juguete. Por fin se deciden por un colgante de peces y estrellas multicolores para la cuna. Demoran un poco antes de tomar un taxi.

El apartamento de Ramón queda al otro lado de la bahía, un barrio nuevo de edificios poco elevados al estilo Miami para familias de clase media. Muy cómica la carita de inocencia del bebé que de pronto no sabe como reaccionar ante ese nuevo objeto de colores brillantes que le han regalado.

Luego de la cena, con el bebé ya dormido y una botella semivacía, Ramón va en busca de unas hojas impresas y al regresar, se pone las gafas y entra directamente en materia.

- Lo averigüé. Fidel Castro, un abogado proveniente del Partido Ortodoxo, fue uno de los revolucionarios que dirigió el asalto al Cuartel Moncada, de Santiago de Cuba, en el año 53. La acción no tuvo éxito y después de retirarse, muchos de esos jóvenes fueron detenidos y masacrados por la policía de Batista. Fidel Castro y unos pocos lograron escapar a las montañas y allí ofrecieron resistencia hasta el final. Ninguno sobrevivió. Uno de los primeros grupos guerrilleros que se formaron en los 60 llevaba su nombre. Este grupo se disolvió después de la segunda intervención norteamericana en abril del 65. Hasta ahí los datos que tengo.

- ¿Me puedes dejar los papeles?

- Sí, claro. Los imprimí para ti. Pero bueno, ya me tienes intrigado ¿de qué se trata? ¿Vas a escribir un ensayo o una novela histórica?

Eduardo decide franquearse y le explica a fondo sus dilemas oníricos.

- Unos sueños bastante subversivos – se ríe su amigo. – Fantasías de estudiante izquierdista. Esa variante es más lógica que la de los universos paralelos.

- Puede ser.

- De todas formas, si quieres tener un porvenir tranquilo, no lo andes contando por ahí, va y te ganas una sesión con los paramilitares.

- Una revolución socialista en Cuba. – interrumpe Estela- No lo creo. Sería una BMP.

- ¿Qué es una BMP?

- Estela es matemática –explica Ramón – Su tesis de doctorado trataba de las bifurcaciones fractales. Precisamente BMP son las bifurcaciones de mínima probabilidad.

- ¿Y por qué mínima? – pregunta Alicia.

- Cuba es el país menos idóneo para realizar algo así. Piénsalo. Dependencia económica casi total de los Estados Unidos, una gran cercanía geográfica y una envidiable situación estratégica desde el punto de vista militar.

- Entiendo.

- A eso súmale las dos bases navales, Guantánamo e Isla de Pinos. La mejor demostración de que nunca admitirían un gobierno comunista en Cuba fue la intervención del 65.

- ¿Y si la interacción económica se desconecta de Estados Unidos y se vuelve para Rusia o China?

- Muy peligroso. Es una BMP todavía mayor, equilibrios demasiado inestables, con una guerra nuclear como solución de conflicto. No, señor. La historia permite accidentes, pero a la larga sigue las líneas de mayor probabilidad, esto también lo planteaba tu querido Engels. No importa que Hitler nunca hubiera existido, de todas formas habría surgido el nazismo y con él la segunda guerra mundial. Todas las condiciones económicas llevaban a ello.

- ¿Entonces?

- Nada. Que tienes unos sueños muy bonitos, pero nada realistas. Utopías adolescentes insatisfechas. De todas formas te los envidio.

Ramón y Estela, sus figuras desgarbadas, diciendo adiós desde la puerta y ellos que regresan sin que Alicia le diga nada a Eduardo acerca de llevarla a su casa..

-¿Sabes, Alicia? Lo que dijo Estela me hizo pensar que este mundo también es una línea de mínima probabilidad.

- ¿Por qué lo dices?

- Por todo eso de la *datura cubensis*. A ver, ¿Qué probabilidad había de que descubrieran una planta endémica así en pleno año 64, cuando había toda esa guerra civil en la isla? Y fíjate que fue un punto de gran bifurcación, a partir de ese descubrimiento todo cambió para siempre. ¿No lo recuerdas? Quedaban cinco o seis plantitas nada más en aquellos restos de mármol azul, a punto de extinguirse, y de pronto el descubrimiento, la explosión alucinógena, un millón de hippies de todas partes del mundo queriendo probarla y luego la prohibición, el narcotráfico, corrupción, mafia, etc., etc. El mejor ejemplo de un efecto mariposa.

En el sueño él de pronto se encuentra en una fiesta llena de jóvenes, los cuerpos oscilando al compás de la música o la embriaguez y todos con disfraces ridículos. Él también está disfrazado con algo que parece una sotana o el traje de un mago, con capucha incluida, lo que le permite mirar con sutileza todo lo que ocurre y pasar inadvertido. Busca algún rostro familiar y pronto descubre a Alicia en versión punk aplastada contra la pared por un vampiro que le manosea el cuerpo y como ella, entre risas, se deja hacer. Eduardo de pronto siente una agonía de celos con deseos de estrangular al imbécil pero luego recapacita en que ésta no es su Alicia, por eso se marcha de la sala en dirección al portal donde otros muchachos cabecean al ritmo de una música ininteligible mientras otros, con aspecto de sonámbulos, se abrazan a las columnas, conversan con los faroles o hacen cosas todavía más absurdas. De pronto se siente como un extranjero en aquel lugar. Entre tantos papeles, se dice, tenía que coger el de un rockerito ingenuo. De pronto siente deseos de beber y regresa a la sala. Ya Alicia y el otro no están, seguro se metieron en alguno de los cuartos. Vuelve a reprimir otro ramalazo de celos. Pasa al comedor y se sirve de una de las botellas. Bebe un poco.

-Asere, ¿quedaron ahí?

El que le pregunta es precisamente el vampiro, desde el otro lado de la mesa. Eduardo le alcanza la botella y ve como el muchacho llena su vaso y se va a conversar con otra chica disfrazada de doncella medieval.

Ahora escucha que lo llaman y es una joven que se le acerca y le habla casi en el oído.

-La Sonia está llorando, dice que ahora sí te perdió, que seguro estás con otra y no le puedes perdonar lo que te hizo, ¿por qué no hablas con ella? A lo mejor va y quiere volver contigo. Le señala con la cabeza a una muchacha, que está sentada silenciosa en la esquina más alejada del jardín.

Eduardo cruza por un sendero de gravilla y ocupa la plaza vacía en el banco de la tal Sonia. Sí, está llorando y posiblemente también muy dolida.

-¿Cómo te sientes? -se aventura.

Ella, entre sollozos, le susurra algo como:

-Te quiero, yo te quiero, Eduardo, pero no puedo ser feliz, al final siempre estoy sola porque nadie me comprende, te puedo hacer mucho daño, todo ahora me va mal, no soporto a nadie, ni el trabajo, yo nunca voy a ser feliz, estoy vacía.

Él no entiende como una muchacha tan bella puede estar tan angustiada y desea abrazarla, agarra sus manos pequeñas e intenta consolarla pero sabe, sin siquiera dudarlo, que en estos momentos nadie puede ayudarla, que es un duelo de ella misma contra sus raíces infantiles, el sencillo problema de no saber qué hacer consigo ahora que recién descubre que el mundo no está construido

con rombos y triángulos perfectos, y lo real no es un juego de damas chinas, con sus reglas tan fáciles y sus movimientos tan predecibles. Eduardo se deja llevar por la entrecortada letanía de su voz y se pregunta si existirá esa Sonia en su mundo real, de vigilia, luego ella se va tranquilizando, ya no habla en diptongos y al cabo de un tiempo, le pide disculpas por el discurso y se marcha a buscar un vaso de ron. “Nunca voy a entender a las mujeres”, piensa él y siente un deseo atroz de acabar de despertar. Al fin y al cabo, antes que a Sonia, demasiado niña para su gusto, preferiría amar a Alicia punk enfebrecida, que busca y encuentra de pronto de rodillas, el cuello doblado e intentando controlar su náusea, en medio de un corro de jóvenes que no saben de pronto qué hacer.

-Aire, lo que necesita es aire.

La mirada de Alicia se escapa hacia algún cielo de color rosado, la mente viajando por otros paraísos.

-Ayúdenme a llevarla hasta el baño.

Ella se deja levantar por debajo de los brazos, luego se arquea enferma sobre el lavamanos, vomita y él abriga la esperanza de que todo el veneno salga expulsado de su organismo, la mezcla de alcohol y pastillas y piensa que es una suerte que en este universo no exista la *datura cubensis*. Alicia sonrío como si fuera natural el estado en que se encuentra, vomita otra vez salpicando el suelo. Con esfuerzo Eduardo logra que se meta a la bañera – le ha pedido antes al resto de los amigos que se retiren- ella se deja sacar la ropa entre risas, su blusa empapada y sucia como un trapo negro, tirada en el lavamanos. Eduardo le urge con infinita paciencia a que coloque su cabeza bajo el chorro de agua, ella pugna por abrazarlo y atraerlo y él la rechaza suavemente. Al cabo de un rato, después de lavar la ropa de la muchacha, advierte como poco a poco Alicia regresa a la realidad, borra la sonrisa y abre los ojos, luego susurra algo que él no entiende.

-¿Qué tú dices? - le pregunta y ella vuelve a murmurar algo sobre “el complejo de Edipo, por eso no vienes.” Y se vuelve violentamente dándole la espalda y él entonces descubre el tatuaje de una estrella invertida sobre su nalga derecha y se hace consciente de que esta no es su Alicia, aunque usen perfumes idénticos, aunque se asemejen como dos gotas de agua –o de mercurio, para salvarse del lugar común- no lo es. A esta muchacha, en este universo de rock, tan machista, alguien le asesinó a la niña virgen, romántica, hace varios años. Solo espera que no haya sido él mismo. Mira en derredor el chiquero en que se ha convertido el baño y encuentra una toalla.

-Tengo frío. -dice Alicia y él le ayuda a secarse.

-Espérame aquí. Voy a buscarte algo de ropa. - Eduardo sale en busca de la dueña de la fiesta.

Esta le presta una saya y una camisa de hombre.

-Pueden dejar la otra aquí secándose y mañana la recogen.

Eduardo le dice que es una buena idea, regresa al baño y ayuda a Alicia a vestirse.

-¿Estás molesto conmigo? -pregunta ella.

El, como buen torero, esquivo la pregunta.

-Cuando quieras nos vamos - le dice.

Mientras avanzan por la avenida, Eduardo se aplica en entretener a Alicia, mantenerla medianamente lúcida, con la misma destreza necesaria para que no tropiece con los contenes de las aceras. Al fin consigue que ella le indique la parada más próxima, 41 y 42, donde tomarán alguna guagua que llegue hasta el Vedado.

El Vedado, piensa él, entonces la Alicia de este mundo no vive en el mismo lugar que en el otro.

-¿Te mudaste? – le pregunta, pero ella niega con la cabeza y le dice que siempre vivió allí, con sus padres, desde que era niña.

-¿Tienes hermanos?

Ella vuelve a negar, trastabilla y se agarra a él por el brazo para no caerse.

-Coño, Eduardo, has ido a mi casa un montón de veces. Sabes que no tengo hermanos, ¿por qué preguntas?

Él no contesta porque de pronto ha descubierto la presencia de un grupo de jóvenes y, sin ser Tiresias, adivina que no tienen buenas intenciones. No hay tiempo para escapar. De pronto siente un golpe contundente en el cuello y lo empujan para apartarlo de la muchacha. -¡Suéltala!, ¡suéltala! - grita uno de ellos amenazándolo con un cuchillo pero él no entiende en el primer momento. Son cinco. Tres a su alrededor y dos frente a Alicia, a varios metros de distancia. Otro golpe, -¡Suéltalo! - y él comprende al fin que se refieren a la mochila. La descuelga automáticamente de su hombro y se la tiende sin protestar al más cercano. La toman y se vuelven rápido para irse. La avenida está desierta –ni autos, ni policías- entonces le grita a la muchacha:

-¡Corre!, ¡corre! - pero al instante comprende que es una tontería y pide auxilio -¡Policía!, ¡policía! - con toda la fuerza de la que es capaz.

Los asaltantes se atemorizan y comienzan a correr, y Alicia viene entonces donde él, por suerte no la han tocado, ni siquiera le arrebataron el bolso, solo le picaron el cordón con un cuchillo, no les dio tiempo a más, y él suspira aliviado. No quiere imaginar lo que habría sucedido si alguno intentaba violarla. Lo habrían matado, seguro, porque él nunca lo hubiera permitido.

-¡Vamos! – le ordena a Alicia y comprende que a ella de pronto el susto le ha quitado todo rastro de embriaguez. Comienzan a caminar de prisa hacia la parada, pero antes de llegar ella lo detiene y le dice:

-Eduardo, estás sangrando muchísimo.

Él descubre que su pulóver y las manos están empapadas de sangre. Le resulta extraño porque no duele, ¿cómo va a doler si esto es un sueño?, recuerda, y trata de tranquilizar a la joven:

-No es nada. No te preocupes. Ni siquiera me duele.

Alicia se ve bastante asustada, y él comienza a sentir mareos por la falta de sangre. Se presiona la herida en el cuello con dos dedos y llegan por fin a la parada. Un centenar de personas esperando, sin rastro de guaguas, ni taxis, autos o policías. Eduardo comienza a ponerse nervioso.

-¿No hay ningún hospital o policlínico por aquí? - le pregunta a Alicia y ahora sí comienza a sentir temor, porque de pronto ha sentido una punzada muy dolorosa y eso no es normal, nada normal.

-Por Dios, por dios, esto es un sueño, yo lo controlo, todo está en mi mente, no pasa nada, no tengo nada, -dice pero entonces comprende que está hablando demasiado y vuelve a preguntar:

-¡Alicia!, ¿No hay ningún policlínico por aquí?, ¡Contesta!

Ella de pronto se ilumina:

-Sí, creo que hay uno por allá abajo, un poco lejos, por 42 y 15 o 17, no recuerdo bien.

-Dale, vamos. Aquí me voy a desangrar.

Y comienzan a bajar a toda velocidad. Por suerte, al pasar por una gasolinera a ella se le ocurre otra idea:

-Vamos a ver si tienen algún teléfono.

Conversa con uno de los guardianes y éste los deja pasar a una oficina donde hay un teléfono encima de una mesita.

Alicia disca los números y habla con alguien, posiblemente su padre:

-Sí, nos atacaron. No es nada grave, no te preocupes, ni siquiera me tocaron, pero Eduardo está herido en el cuello y está soltando bastante sangre. ¿Puedes venir a buscarnos? ...Sí, aquí, en la gasolinera de 42 y 39. Ven rápido.

Caminan hasta la esquina y esperan.

-¿Qué tenías en la mochila? - pregunta Alicia y él se encoge de hombros. Luego se palpa los bolsillos y al encontrarlos vacíos deduce que junto a la mochila ha perdido el dinero y todos los documentos de identificación. Luego de un par de minutos vuelve a sentir mareos y ella lo abraza.

-Coño, Eduardo, aguanta, no te desmayes ahora.

Pero él siente que la herida sigue abierta, no importa la presión de los dedos y que la sangre corre por sus brazos como un manantial. De pronto todo comienza a oscurecerse. -Mira, ahí viene. - puede

escuchar antes de sentir que cae dentro de una negrura total y se le van apagando todos los pensamientos.

-¡Eduardo!, ¡Eduardo, despierta! - escucha la voz de Alicia y sus manos que lo zarandean como si fuera un niño y él por fin, después de un gran esfuerzo, abre los ojos.

-Gritabas dormido. ¿Tuviste una pesadilla?

Él de pronto reconoce su cuarto y a Alicia, semidesnuda, mirándolo preocupada. Eduardo se lleva la mano al cuello y palpa con alivio la piel lisa y sin huella de heridas, tan solo un pequeño dolor, posiblemente un eco lejano del sueño o producto de alguna mala posición mientras dormía.

-Dios, - murmura -fue muy desagradable.

Alicia le pasa la mano por el rostro.

-Ya pasó todo. Estás aquí conmigo, en tu casa. Relájate.

Él da un suspiro largo y busca su cajetilla de cigarros en la mesita.

-¿Quieres que te traiga un vaso de agua? – pregunta ella pero Eduardo niega con la cabeza.

-No, gracias, mi amor. Duérmete, no pasa nada.

-Déjame abrazarte.

Ella pasa un brazo alrededor de su cintura, se pega a su cuerpo y lo besa en el hombro. Se mantienen en silencio un largo rato y luego, por el ritmo de su respiración, Eduardo comprende que ella se ha dormido de nuevo. “Ahora sí voy a tener que ir al psicólogo”, piensa, “A ver si me recetan alguna pastilla que me corte todos estos sueños de una vez. Voy a hacer lo que sea. Así me operen, o me trasplanten otro cerebro, o me injerten una planta. Lo que sea.”

Quita suavemente el brazo de la muchacha y se incorpora. Va al baño y abre el botiquín sobre el lavamanos. Rebusca entre los frascos de medicina hasta dar con uno que contiene píldoras para dormir. Ya en la cocina llena un vaso de agua y se traga dos pastillas, luego vuelve a la cama y se acuesta. Suspende la mirada en el rostro de Alicia y se recrea en su belleza, en la calidez que comunica su cuerpo bajo las sábanas. Así, despeinada y sin maquillaje, se parece mucho más a la otra. Poco a poco va sintiendo como el sueño lo invade. Cierra los ojos y a los pocos segundos logra quedarse dormido.

-Hola. - dice Alicia cariñosa y arregla la almohada sobre la que él descansa su cabeza. Va a volverse boca arriba pero ella lo ataja con un gesto. -No, no te vires. Quédate así acostado de lado, recuerda que tienes la herida y te puedes lastimar.

-¿La herida? -al enfocar los ojos descubre que se encuentra en una cama de hospital, reconoce algunos aparatos médicos y en su brazo izquierdo hay insertado un suero.

-¿Recuerdas? Nos asaltaron. Y a ti te hirieron en el cuello.

“Oh, no”, piensa él angustiado, “Otra vez este sueño no.”

Alicia sigue contando:

-Ya cuando papá llegaba en su auto te desmayaste por la falta de sangre y tuvimos que traerte corriendo para el hospital. Te hicieron una transfusión, después una placa y te cosieron la herida. Lo de la placa fue porque el doctor pensaba que podían haberte jodido la cervical o uno de los pulmones. Por suerte no pasó nada de eso. Ya estás fuera de peligro, pero me asusté muchísimo. Creí que te morías.

-Bueno. - murmura Eduardo por decir algo, pero en el fondo está molesto por la ineficacia de las píldoras para dormir. Esta Alicia tiene húmedos los ojos, como si hubiera llorado y ahora aprieta una de sus manos entre las suyas. Él de pronto siente una punzada de dolor y reprime una mueca.

-¿Te duele? Debe haber pasado el efecto de la anestesia.

Sí, le duele y Eduardo piensa que no debería, si es un sueño, y es bien sabido que los sueños no duelen, y de inmediato las dudas lo asaltan, “¿Y si esto al final no es un sueño?” Y son dudas como arañas deformes que lo invaden destruyendo la razón lógica, la explicación científica o psicológica de lo que sucede y él ya no sabe qué pensar. “¿Y si esto es un universo paralelo, una ucronía tan real como mi mundo?”, pero apenas ha esbozado la posibilidad se aterra y no quiere creer. Totalmente confundido, ni siquiera se percata de que una de las enfermeras ha entrado en el cuarto y se dispone a quitarle el suero.

-¿Ya se despertó?

Alicia es la que contesta:

-Sí, le duele un poco.

-Eso es normal ¿Cómo te sientes? - le pregunta la enfermera.

Él contesta automáticamente:

-Bien.

-¿Puedes levantarte? Prueba a ver.

Eduardo obedece. No hay problema. Salvo la molestia en el cuello se siente perfectamente. -Camina un poco.

Él da unos pasos.

-Muy bien. Tienes mucha suerte. Un milímetro más a la derecha y ahora posiblemente estarías en una silla de ruedas para toda la vida. Con la sutura que te hicieron ya no se infecta. De todas formas, cuando te bañes, lávate bien la herida con jabón de lavar. Dentro de una semana ya puedes quitarte los puntos.

-Gracias.

El desearía tener ahora una camisa limpia y no ese pulóver lleno de sangre coagulada.

-Allá afuera hay un policía que te va a tomar declaración acerca del asalto. Luego se pueden ir.

Después de dar todos los datos ellos se alejan hasta el parqueo en busca del padre de Alicia que se ha quedado esperando en el auto.

-¿Qué hospital es este? - le pregunta Eduardo a la muchacha.

-El CIMEQ. Es uno de los mejores. Fíjate que te hicieron un Rayos x. En los demás hospitales la gente pasa tremendo trabajo y a veces hasta tienen que esperar varios días para que le hagan una placa.

-Y eso debe costar bastante, ¿no?

-¿Cómo que costar? ¿De qué tu hablas?

-Digo, ¿esto lo cubre el seguro médico?

-No entiendo lo que me dices.

No insiste con el tema. Saluda al padre de Alicia y entran al auto.

-¿Quieres que te llevemos a tu casa?, ¿tus padres saben de esto?

A Eduardo de pronto se le acelera el corazón. “¿Mis padres?”, piensa, “¿Estarán todavía vivos en este universo?” Realmente no se siente preparado para un encuentro así.

-No, no. -dice y se descubre aterrado con la posibilidad. -Mejor que no se enteren, por favor. No quiero preocuparlos.

-Bueno. De todas formas ya son como las cinco de la mañana y tú vives bastante lejos. Mejor duermes en casa.

-Se lo voy a agradecer.

-Aparte de que no tengo gasolina para llevarte hasta Alamar.

-¿Alamar? - va a preguntar extrañado pero se reprime a tiempo.

El auto arranca y a los pocos minutos ya están en el Vedado, frente al edificio de Alicia.

-Estoy muerta -le susurra ella que apenas entran al apartamento va rápidamente a cambiarse de ropa por algo más cómodo para dormir.

El padre de Alicia le indica el sofá de la sala.

-Bueno, bastante que has dormido ahí, ya estás acostumbrado.

Se despide con un par de frases corteses y se encierra en su habitación. Al minuto regresa la muchacha con una sábana y un pulóver para él.

-¿Vas a estar bien? -le pregunta y luego le dice: -No te invito que duermas conmigo porque papi está un poco extremista últimamente y te echa la culpa de todo lo que pasó. Lo del aborto, ya sabes. Ya yo le expliqué que tú no tenías nada que ver, pero no quiso creerme.”

Eduardo se cambia de pulóver.

-Dámelo acá. -dice ella -Lo voy a poner en remojo con detergente y mañana lo lavamos. Ahora Alicia se acerca y lo abraza.

-Eduardo, te quiero mucho.

Lo besa rápido en los labios.

-Siento por ti algo muy grande, que ni yo misma puedo explicarme muy bien, pero no tiene nada que ver con el sexo, ¿entiendes?”

El no contesta y Alicia se separa y sonrío triste.

-Realmente tuvo que pasar algo así para darme cuenta de lo importante que eres para mí. Ya sé que este no es el mejor momento para decírtelo, pero te necesito más de lo que imaginas.

Hay un vacío de varios segundos donde los dos se mantienen en silencio. Luego ella rompe la escena con un bostezo.

-Estoy reventada. Me voy a dormir. Hasta mañana.

-Hasta mañana, Alicia. - contesta él mecánicamente.

Ella se aleja en dirección a su cuarto y Eduardo queda sin saber qué hacer, no tiene la más mínima gota de sueño. Se dedica entonces a observar la sala, el televisor y el aparato de video con su colección de películas, la mayoría son capítulos de una telenovela de amor de esas, mexicana, por lo visto el kitsch reina en los dos mundos, aunque no cree que Alicia tenga tan mal gusto. Si acaso la madre.

Ahora le toca el turno a un estante de varios pisos donde se alinean una gran cantidad de libros. Algunos escritores le son conocidos, otros ni siquiera los ha oído nombrar. Sin embargo sus ojos quedan prendidos en un título concreto; Historia de Cuba (1950-2000) y rápidamente lo abre en busca de algunas respuestas que aclaren todo ese montón de dudas históricas que arrastra desde la

primera vez que comenzó a soñar con este universo alternativo, hace veinte años, cuando todavía era un joven idealista que deseaba cambiar el mundo.

Comienza a leer y ya desde el inicio empieza a encontrar divergencias. Por ejemplo, en este mundo Eduardo Chibás nunca llegó a ser elegido presidente, sino que se suicidó frente a los micrófonos de la emisora donde hablaba poco antes de las elecciones del 52. Ese mismo año Batista dio un golpe militar que derribó al presidente Prio Socarrás y se hizo con el poder. En su mundo se dio ese mismo golpe seis meses más tarde, después que Chibás tomara posesión de la presidencia por elección popular y comenzara a promulgar medidas progresistas a favor de los trabajadores y en contra de la corrupción. Batista, con el apoyo del ejército, rodeó con tanques el palacio presidencial y conminó al Chibás a rendirse, pero éste se negó a deponer su mandato. Después de un enfrentamiento de varias horas, el presidente y otros de sus seguidores fueron muertos por las balas de los soldados. Fulgencio Batista, una vez llegado al poder, suspendió la Constitución, disolvió el Congreso e instituyó un gobierno provisional, prometiendo elecciones para el año siguiente.

En 1953 se produce en los dos universos el asalto al cuartel Moncada, dirigido en ambos por Fidel Castro, proveniente del partido ortodoxo, con una ligera diferencia que luego resulta trascendental para el curso posterior de los hechos. Según Ramón y los papeles que le dejó, en su universo los soldados sorprenden y asesinan a Fidel junto al resto de sus hombres. Sin embargo, según el libro, en este mundo Castro no muere, sino que casi milagrosamente es hecho prisionero y luego es trasladado, con otros supervivientes del asalto, al presidio de Isla de Pinos. Más tarde es indultado y entonces se va a México a preparar una expedición.

En 1956 Castro desembarca en la isla en un yate junto a 80 insurgentes más. Con ellos viene un tal Ernesto Guevara, el “Ché”, quien va a ser muy importante para la historia de la Revolución algún tiempo después. A Eduardo ese nombre en específico, Ernesto Guevara, le resulta familiar, pero no relacionado con Cuba, si no más bien con las guerrillas andinas. Tendrá que preguntarle a Ramón cuando despierte.

Sigue leyendo. Los expedicionarios son emboscados por el Ejército y sufren bastantes bajas. Fidel y los otros supervivientes se adentran en la sierra Maestra, donde comienzan a organizar el Ejército Rebelde.

Durante el siguiente año las fuerzas de Fidel Castro utilizan la guerra de guerrillas para enfrentarse al gobierno de Batista y obtienen un considerable apoyo popular; sus fuerzas logran constantes triunfos y el 31 de diciembre de 1958 Batista renuncia al gobierno y huye del país. Se establece un gobierno provisional y a principios de 1959 Fidel Castro se convierte en primer ministro.

Es curioso, piensa Eduardo. Al parecer la suerte de Fidel Castro, el que sobreviviera o no, es un punto de gran bifurcación, para hablar en los términos fractales de Estela. A partir de ahí la historia de Cuba toma un camino completamente distinto en ambos mundos. Pero ahora viene lo interesante.

La línea de mínima probabilidad. ¿Qué pasa con la economía? ¿Qué pasa con la dependencia de los Estados Unidos? Eduardo sigue leyendo.

En 1960 el presidente de Estados Unidos suspende la cuota azucarera cubana. Como reacción se nacionalizan las más importantes compañías norteamericanas en la Isla.

Cuba comienza los contactos con los países socialistas y los Estados Unidos decretan el embargo (bloqueo) de mercancías con destino a esta. Poco después Estados Unidos rompe sus relaciones con Cuba. En 1961, mil 300 exiliados anticastristas, apoyados y entrenados por Estados Unidos, llevan a cabo el ataque a Playa Girón y Playa Larga, en Bahía de Cochinos. Estos son derrotados en solo 3 días.

Eduardo mira la hora. Casi las seis y media de la mañana. Ya a través de la ventana se divisa una tenue claridad en el horizonte. De pronto se siente mortalmente cansado y le vuelve a molestar la herida en el cuello. Por un momento piensa dejar la lectura y dormir un poco pero es que ahora es cuando se pone más interesante. Era como decían Ramón y Estela. Una vez rotas las relaciones con Estados Unidos, la economía cubana deriva hacia el bloque socialista. Sigue leyendo. En otoño de 1962 las relaciones entre ambos países se vuelven aún más tensas, cuando Estados Unidos comprueba que Cuba ha instalado en su territorio misiles de origen soviético. “Ya está”, piensa Eduardo, “la guerra nuclear como solución de conflicto.” Después de varios días de negociaciones, durante los cuales la guerra nuclear parece inminente, el presidente soviético Nikita S. Jruschov acepta desmantelar y eliminar las bases de misiles, a cambio de la promesa del presidente Kennedy de no invadir la isla. “Demasiado fácil”, piensa Eduardo. “Esta es otra línea de mínima probabilidad, bastante inverosímil eso de no invadir la isla, parece una solución a lo Hollywood”, pero en el fondo se queda con la duda.

Va a continuar leyendo, pero las letras han comenzado a bailar ante sus ojos y a ponerse borrosas, signo seguro de que ya es hora de regresar a su mundo. Bueno, por lo menos esta vez siente que aprovechó bien el tiempo, piensa antes de que la ya conocida bruma gris se apodere de todo.

Cuando despierta ya son casi las doce del día. Alicia se ha ido a sus clases y le ha dejado una nota encima de la mesa. “Hola, mi bello durmiente. Te veías tan plácido que me dio pena despertarte. Hoy me toca cocinar en casa, y me encantaría que fueras. Nos vemos en clase. Un beso. Alicia.”

Lo que Eduardo no entiende es por qué, si ya despertó, sigue sintiendo ese dolor en el cuello, exactamente en el lugar de la herida. Va al baño y se mira en el espejo. Toda la zona está enrojecida e inflamada, como si le fuera a brotar un grano. “Claro”, piensa, “eso es lo que explica de que doliera también en el sueño.” Ahora recuerda el caso que leyó en un libro de psicología, acerca de una niña que soñó que un perro la mordía en un tobillo, y días después le apareció una llaga en el mismo sitio. Tres explicaciones posibles. Primera. Explicación racional, la más lógica: de alguna

manera el inconciente “sabía” que le iba a brotar esa llaga, y esto provocó el sueño del perro. Segunda: Si a alguien en estado de hipnosis se le dice que le van a tocar con un cigarro o un clavo ardiente, y luego solamente le tocan con un lápiz o algún otro objeto inocuo, en el lugar aparece la huella de una quemadura. Esto explica el fenómeno de los “estigmatizados.” Tercera. Explicación más irracional de todas. La niña viaja a un mundo paralelo donde es mordida un perro y al regresar le brota la herida en el mismo lugar. ¿Entonces? Al parecer lo mejor es quedarse con la primera hipótesis.

Bien, ya está la explicación al dolor, sin necesidad de mundos paralelos, pero de todas formas hay cosas que no encajan. Cuando Eduardo era adolescente, una vez soñó que estaba en una biblioteca llena de libros preciosos que estaba buscando desde hacía tiempo. Abrió uno de ellos pero no pudo leer porque las letras aparecían totalmente borrosas. ¿Se puede leer en un sueño? ¿Por qué no? El inconciente tiene poderes ocultos que...bla, bla. Ni siquiera se sabe qué coño es el inconciente. En verdad el concepto es tan irracional como la idea de los mundos paralelos.

Llegando a la universidad hay una aglomeración de personas curiosas alrededor de algo que después resulta ser un muerto tirado en la calle. El lugar está acordonado por la policía y él le pregunta a un viejo lo que ha ocurrido.

-Le metieron tres tiros. Uno en la cabeza. -le contesta el anciano. -Es un lavacarros. - agrega después despectivamente. La jerga popular le dice “Lavacarros” a los mandaderos de los narcotraficantes.

-¿Cómo lo sabes? - pregunta Eduardo.

-¿No lo ves? Tiene una cadena de oro y un reloj carísimo. No fue para robarle.

-¿Y ya saben quién es?

-No, parece que no es de por aquí. Es un cualquiera. Venía caminando y lo sorprendieron. A lo mejor en el periódico de mañana lo dicen.

-Ah, bueno. Gracias.

Por lo visto el mundo del lado de acá sigue tan mediocre como siempre, llenándose de muertos, drogas y chimeneas y la única opción en el futuro, por lo menos para él, es acabar de jubilarse y terminar convirtiéndose en un escritor empedernido, eso en el mejor de los casos, con esposa e hijos, -preferiblemente Alicia- recordando aquellos sueños gloriosos en que una Revolución se hace posible, y a cada uno le toca lo que le corresponde, así sea un plumero, un helicóptero, cien lingotes de oro o un horno de microondas.

Todavía falta una hora para su clase, por lo que al llegar a la Colina decide visitar la biblioteca y revisar un poco en los libros de historia, para precisar algunos datos y compararla con la de Cuba de sus sueños.

Por lo visto un buen punto de bifurcación entre ambos universos es la acción de un grupo de jóvenes universitarios, quienes atacan el palacio presidencial en marzo del año 57 y logran ultimar a Batista. Al no recibir el apoyo esperado, muchos de esos jóvenes, incluyendo a su propio dirigente, José Antonio Echevarría, son asesinados por la policía minutos después de retirarse de Palacio.

Posteriormente a la muerte de Batista, hay una lucha de poderes entre los diferentes partidos y sectores del ejército y Cuba se convierte en el escenario de una guerra civil que al final es lo que provoca la intervención norteamericana en diciembre de ese mismo año.

A principios de enero del 58, la OEA acuerda el alto el fuego y establece sus propias fuerzas militares para mantener la paz. Las fuerzas de la OEA comienzan a llegar a mediados de febrero y en marzo los marines estadounidenses se retiran del país, aunque permanecen 7.000 soldados de otros cuerpos militares.

Durante el verano de 1958 la OEA intenta negociar un acuerdo entre los leales a Batista y los dirigentes de los partidos opositores. A finales de agosto las facciones acuerdan establecer un gobierno provisional y posteriormente, se celebran las elecciones presidenciales, en las que el conservador Carlos Prío, por el Partido Auténtico, gana con el 56 por ciento de los votos. Bajo su administración, la fuerza mostrada por la economía, con la ayuda de la inversión extranjera -en muchos casos provenientes de los grupos mafiosos norteamericanos-, el incremento del turismo y los altos precios del azúcar, producen una relativa estabilidad política en el país. Cuatro años después, en 1963, le toca a Orestes Noceda, por el Partido Ortodoxo, tomar el gobierno de Cuba.

Ese mismo año se produce el descubrimiento, nefasto por sus consecuencias, de la *Datura Cubensis*, planta endémica a punto de extinción y -como se sabrá algunos años después-, con propiedades psicoquímicas tan poderosas que se convertirá, a partir del procesamiento de sus principios activos, en la droga más codiciada por todos los narcotraficantes del mundo. Comienzan a desarrollarse grupos mafiosos nacionales que establecen guerras entre ellos para controlar el mercado. Poco a poco la corrupción y la violencia se adueña de todos los estratos de la sociedad. La situación se torna insostenible y se suceden unos gobiernos tras otros, cada cual más corrupto que el anterior. Las huelgas y manifestaciones de obreros y estudiantes son tema casi cotidiano en los diarios y noticieros de televisión. Cada cierto tiempo surgen grupos guerrilleros en las montañas y movimientos de liberación clandestinos en las ciudades que son rápidamente reprimidos por el ejército y los grupos paramilitares, pero estos vuelven a brotar como hongos después de un aguacero. Y así hasta hoy. Cuba, la puta adicta del Caribe, como la llaman por todos lados. Eduardo mira la hora y comprueba que ya es su turno. Devuelve los libros y sube las escaleras.

Cuando llega al aula, Alicia le sonríe desde la última fila y él le agradece en silencio que haya decidido guardar las apariencias. Hoy le toca dictar una clase sobre el punto de vista del nivel de realidad. Se explaya con “Otra vuelta de tuerca” de Henry James y “El reino de este mundo” de Alejo Carpentier. Casi nadie conoce a Carpentier, a pesar de su premio Cervantes, y mucho menos de su origen cubano.

-Vamos para mi casa. - le invita Alicia una vez que terminan las clases. -A Felipe un amigo le prestó su auto y nos podemos ir con él.

Ella se cuelga de su brazo y comienzan a caminar a un costado de la biblioteca.

-Esta vez voy a cocinar yo, a ver si te gusta lo que hago. Te puedes bañar all  y mi hermano te presta algo de ropa.

-Está bien. -contesta Eduardo, -yo me encargo de la ensalada fría o del cóctel de frutas.

-Me parece genial.  Te gusta el pastel de limón?, lo compr  ayer con descuento.

-No. Es muy ácido para mí.

-Qué lástima. Es uno de mis preferidos.

Eduardo se detiene unos segundos para encender un cigarro. Luego continúan caminando.

-Felipe dijo que lo esperar mos en este lugar -dice Alicia y se detienen en la avenida que pasa por el costado de la universidad.

-Mi hermano es un fan de la ciencia ficción, sobre todo de la rusa. Le puedes preguntar todo lo que quieras sobre ucron as o universos paralelos.  l sabe un montón de esas cosas.

-Muy bien. Le preguntará.

-Oye, no me has contado  Ayer volviste a soñar con ese mundo? Dijiste que había sido muy desagradable.

-S , un poco.

-Mira, ahí viene Felipe. Me lo cuentas después.

Saludos, apretón de manos. El auto arranca y baja por calle L a buscar Línea. Ya cerca del túnel hay congestión de tr fico y deben esperar un cuarto de hora para proseguir. De pronto Eduardo reconoce el edificio del sueño.

-Alicia,  t  viviste aquí cuando niña?

Ella se sorprende:

-Sí, toda mi infancia.  C mo lo sabes?

-So e que venía aquí, contigo, o mejor dicho, con la Alicia del sueño.

-Mamá y yo nos mudamos para Centro Habana después que a mi padre lo mataron. Allí conoció al papá de Felipe. Después de un par de años se casaron y yo me gané al hermanito este que ves aquí.

-Al principio no nos soportábamos. -explica Felipe y sonrío recordando. -Nos hacíamos maldades y siempre yo era el que terminaba castigado, por la carita de pureza virginal que ponía la muy descarada.

Todos ríen. Luego exclaman con júbilo al ver que la fila de autos comienza a moverse.

-Por suerte para mí, con el tiempo nos fuimos entendiendo poco a poco hasta que nos hicimos inseparables.

El auto acelera y comienza a atravesar el túnel.

-...Por eso, cuando decidimos independizarnos, vinimos juntos para este apartamento en Playa.

El auto toma por 31 y a los pocos minutos ya se encuentran frente al edificio.

-Vayan entrando y haciendo algo en lo que compro algunas cervezas y busco un parqueo decente. - sugiere Felipe y ellos aceptan.

Ya en el ascensor, Alicia lo abraza.

-Cuando le conté a mi hermano sobre nosotros, me dijo que yo era muy joven para ti. Que te iba a hacer mucho daño, porque tú eras “silencioso y antiguo”, esto es una cita textual, y yo era medio alocada.

-¿Y tú que le contestaste? - Eduardo siente que el corazón comienza a palparle un poco más de prisa.

-Que no se preocupara. Que te amaba así, que no me parecías ni silencioso ni antiguo, y nunca haría nada que pudiera dolerte.

Se quedan callados, mirándose y luego se besan. El ascensor se detiene y las puertas se abren. Entran al apartamento.

-Voy a hacerte un arroz imperial. Es sencillo pero sé que te va a encantar. ¿Vas a bañarte primero?

-Bueno...

-Ven.

Alicia lo guía hasta el baño.

-Aquí tienes la toalla y todo lo que necesitas. Luego te traigo algo de ropa.

Mientras se baña siente la llegada de Felipe. “Espera, te voy a ayudar”, escucha que le dice a la hermana y después de unos minutos, cuando ya Eduardo está seco y envuelto en la toalla, se abre la puerta del baño y entra Alicia.

-Mira, ponte esto.

Ella vuelve a salir conteniendo la risa y él enseguida comprende. Es un T-shirt negro de esos que se ponen los rockeros, con la imagen de una banda cubriendo casi toda la parte delantera. *Homeostatic Universe*. Una broma. Lo curioso no es eso, sino que se trata del mismo pulóver que usaba en el mundo del sueño. ¿Simple coincidencia o algo más profundo? Al final, resignado, se pone el disfraz y sale del baño. Felipe y Alicia rompen en carcajadas pero es una risa sana y por ello no se enoja.

-Te ves hasta más joven. - dice ella y Eduardo comprende que lo dice en serio.

Mientras Alicia se ducha, Felipe invita a Eduardo a tomar cervezas.

-Mi hermana me contó lo de tus sueños. Es muy interesante. Casi de ciencia ficción, ¿no? Universos paralelos.

Eduardo se revuelve inquieto y toma un poco de su botella. Luego se anima:

-En ese tema debo reconocer que estoy en pañales. Alicia me dijo que podías explicarme un poco.

-Algo, sí. Pero solo en superficie. No domino las matemáticas ni los últimos descubrimientos científicos. Solo lo que he encontrado en Internet y en algunos libros.

-¿Descubrimientos científicos? Pensé que eso era solo tema de la ciencia ficción. Quiero decir, libros fantásticos, películas con efectos especiales, pero nada serio.

-No lo creas. Hay muchos cosmólogos en la actualidad que proponen nuestro universo como una especie de red multiplicada de universos paralelos. La llaman *multiversos* o *multidominios*.

-¿Cómo es eso? Explícame mejor.

-Seguramente conoces la teoría del Big Bang.

-Sí, claro. Lo dan hasta en la primaria: una pequeña y superdensa bola de fuego que estalló bruscamente hasta conformar este universo que ahora conocemos.

-¡Exacto! Lo que sucede es que para la ciencia de hoy, el Big Bang es solo una parte de la cosmología inflacionaria. Así pueden explicar la complicada pregunta de ¿Y qué había antes? Olvídate de la bola de fuego. El universo más bien se parece a un enorme fractal, un fractal creciente, con muchas burbujas que se inflan y generan otras, que a su vez dan nacimiento a otras, en un proceso infinito y eterno.

Escuchan abrirse la puerta del baño y luego ven como Alicia sale envuelta en una toalla y se encierra en su cuarto a vestirse. Felipe toma un poco de cerveza y continúa su explicación:

-Por lo tanto, Eduardo, la evolución del universo como un todo no tiene principio ni final, y que se jodan los religiosos. Esto que siempre hemos llamado universo, es tan solo una de las burbujas del

enorme fractal, un dominio independiente de un multiverso infinito. Por supuesto, cada burbuja podría enfriarse de forma diferente y estar gobernada por leyes físicas distintas.

A Eduardo la incredulidad lo corroe como una picazón de ortigas, hasta que no soporta más la penitencia y pregunta:

-Ven acá, ¿y dónde están esos universos? ¿Por qué no los veo por las noches en el cielo? ¿Por qué tampoco los han descubierto con los telescopios?"

-No se pueden ver por algo llamado el radio de Hubble, que establece nuestro horizonte de observación, y este es bastante pequeño, tan solo cuarenta potencias de diez de la escala atómica.

Eduardo comienza a temer que nunca va a asimilar las proporciones que describe Felipe.

-Más allá de nuestro radio de Hubble, -continúa éste sin piedad -puede que se encuentren capas de estructuras mayores. El problema es que la luz todavía no ha llegado desde las regiones que están situadas más allá de nuestro horizonte actual. A lo mejor en un futuro lejano podremos ver que habitamos un universo burbuja, y percibamos sus bordes.

Alicia ha salido de su cuarto, pasa por la cocina un momento a revisar la cocción del arroz y luego viene a la sala, pero se sienta en un rincón de la misma. Desde allí los mira con las rodillas abrazadas y asiente a todo cuanto dice su hermano, sin intervenir. Eduardo pregunta:

-¿Y cómo es eso de que una burbuja genera otra?

-Dicen, no está demostrado, que dentro de cada hueco negro tal vez se encuentre la semilla de un nuevo universo en expansión.

Eduardo toma el último sorbo de su cerveza y enciende un cigarro.

-Todo esto que dices me parece muy interesante, pero no me sirve. O sea, veo la idea de los universos múltiples pero no la de universos paralelos. Bueno, sí, existen paralelamente, pero no son similares, ni siquiera parecidos. Y no creo que dentro de las infinitas combinaciones, de la casualidad de que surja otra burbuja, como dices, donde exista una Cuba alternativa, o donde existamos yo y Alicia. En cualquier caso, aunque así fuera, ese universo estaría tan infinitamente lejos que nunca podríamos comunicarnos con ellos.

-Sí, por ese lado tienes razón.

Quedan en silencio durante unos segundos, ocasión que aprovecha Alicia para entrometerse.

-¿Conocen a alguien que prometió ayudarme con la ensalada?

-Sí, Alice, discúlpame. Ahora mismo me encargo. -dice Eduardo y acompaña a la muchacha a la cocina. Felipe le hace un gesto de resignación y se sienta frente a la computadora a revisar su correo electrónico.

Eduardo es habilidoso y en diez minutos logra terminar la ensalada. Mientras tanto, Alicia separa las masas de pollo y las mezcla con mayonesa.

-¿Algo más? - pregunta Eduardo y ella le encarga poner la mesa.

Mientras cenan, y a petición de Alicia, Eduardo cuenta los avatares de su último sueño.

-¿Y dices que te salió algo en el cuello? Déjame ver... - Ella se acerca y exclama: -Sí, lo tienes inflamado. Después recuérdame ponerte hielo.

El sigue contando y Alicia se interesa especialmente por la parte donde aparece su padre.

-¿Y cómo era? Descríbemelo.

Eduardo la obedece y ella va asintiendo con cada detalle y su rostro se torna triste. Luego se marcha a su cuarto y regresa con una foto.

-¿Era así?

Él reconoce el rostro, afirma, aunque en la imagen está mucho más joven y el padre de Alicia sonrío al pie de una columna de mármol quebrada.

-Es de su viaje a Grecia. -aclara ella y se marcha otra vez al cuarto.

Como demora en regresar, Eduardo se excusa con Felipe y va a buscarla. Ella está llorando sentada en la cama, con la foto entre las manos.

-Lo mataron -dice ella con un susurro. - Fueron los parapoliciales. Por revolucionario. Eduardo la abraza y espera que se calme. Luego regresan a la sala. Ya `para entonces Felipe ha recogido y fregado toda la vajilla. Abren más cervezas y Felipe vuelve a tomar la palabra:

-Todo este debate acerca de los mundos múltiples yo creo que viene desde la antigüedad, desde Platón y Aristóteles, pienso que los dos nos dejaron hipótesis muy interesantes, solo que el paradigma aristotélico fue el que más se desarrolló, dominando todas las ramas de la ciencia.

-Explicate.

-¿Qué decía Aristóteles? Lo que todos creemos hoy. Que la realidad física es fundamental y las matemáticas son solo una herramienta útil para poder describirla. En cambio, Platón decía lo contrario: que la verdadera realidad eran las estructuras matemáticas, y lo que nosotros percibimos como real son solo imperfecciones, dadas por las limitaciones de nuestros sentidos. O sea, si lo traducimos a nuestro tema, Platón sugiere que las estructuras matemáticas existen y que cada una corresponde a un universo con sus propias leyes. Entonces nuestro mundo sería tan solo un subtipo de cierto universo matemático.

-Sí, todo eso está bien, Felipe, pero todavía no encuentro nada, aunque sea lo mínimo, que explique de alguna manera todo esto por lo que estoy pasando.

Felipe asiente con la cabeza.

-Ahora recuerdo. Hay un libro de ciencia ficción rusa que he releído varias veces, *Viaje por tres mundos*, de los Abramov –creo que son padre e hijo, si no me equivoco- donde hablan de universos paralelos, y lo que narra es muy parecido a lo que nos has contado. En esa novela, un periodista es suplantado temporalmente por un alter ego que vive en un universo paralelo.

-Ajá, eso me gusta más.

-Continúo. Este doble le deja una nota al periodista donde le pide que busque en su mundo a dos científicos concretos, y que ellos le explicarán lo que sucede. El personaje logra contactarlos y luego se somete a un experimento en el que su mente es disparada hacia el cuerpo de sus alteregos que viven en otros universos.

-Interesante. -dice Eduardo. -Sigue contando.

-El primer viaje es a una ucronía del presente, donde él ya no es periodista, sino cirujano, y está casado con otra mujer. El segundo viaje es al pasado, a una bifurcación donde él se encuentra detenido por la Gestapo. (En el mundo real él pudo escapar) y el tercer viaje, que realmente echa a perder un poco el libro, es una visita al futuro luminoso del socialismo. De todas formas es un relato bastante interesante.

-¿Y cómo explican el experimento?

-Disparates. Papilla neutrino-antineutrino, transformador de corriente biológica, superposición de biocampos, ritmo kappa, etc. Lo mismo de siempre. Creo que lo tengo en digital. Te lo puedo enviar por correo.

-Muy bien. ¿Y cómo explican la existencia de esos mundos paralelos?

-No la explican. Existen y ya. No se basan en la superposición, ni en los problemas de la función de onda, ni siquiera en el experimento del gato de Schrödinger.”

-Felipe, me estás hablando en chino. ¿Cuál es el experimento ese del gato de no sé quién?

-De Schrödinger. Bueno, realmente es un experimento mental, llamado así por Erwin Schrödinger, uno de los precursores de la mecánica cuántica.

-Ah.

-El experimento tiene que ver con una de las teorías más locas de la física: La IMM, la Interpretación de los Mundos Múltiples. De alguna manera es lo que buscamos. Según esta hipótesis, no hay un solo universo físico, sino infinitos de ellos, que coexisten en paralelo, cada uno diferente de los demás, algunos muy distintos, otros casi idénticos, con solo ligeras diferencias.

-Perfecto. Sigue.

-El experimento es un poco cruel, pero como es mental, no nos metemos en problemas con la liga de protección de animales. Por suerte cuando se publicó todavía estas ligas no existían.

-Al grano, Felipe.

-Bien. El experimento consiste en encerrar a un gato en una cámara de acero que tiene un contador Geiger, en la que se ha colocado una fracción minúscula de sustancia radiactiva, tan pequeña que la probabilidad de desintegración del átomo es del 50 por ciento. El contador está conectado a un detector que, si ha tenido lugar la desintegración radiactiva, rompe un bulbo que contiene cianuro potásico. En caso contrario, el bulbo no se rompe.

-Por supuesto -dice Eduardo -En el primer caso, el gato muere envenenado. En el segundo, el gato sobrevive.

-¡Qué sádico! -comenta Alicia que reprime los deseos de bostezar.

- Bueno, sigue.

-Al cabo de una hora, tenemos dos probabilidades: el gato está vivo o está muerto.

-Elemental, Watson.

-Sin embargo, y ahora viene lo interesante, según propone la física cuántica, ¡el gato no estaría en ninguna de las dos situaciones!

-¿Cómo es eso?

-Al cabo de una hora, la función de onda que describe al gato no sería la del animal vivo, ni la del muerto. El gato estaría en estado cuántico: el gato muerto junto con el vivo.”

-¿Y si abrimos la caja qué es lo que veríamos?

-El problema es que nosotros también nos dividiríamos en dos. En un universo veríamos al gato muerto. En otro veríamos al gato vivo. No existe la reducción de la función de onda, y la realidad viene dada por esa función.

De pronto Felipe abre otra lata de cerveza, bebe con los ojos brillantes y dice un poco exaltado:

-¿No entiendes? La consecuencia que se extrae de todo esto es que existen tantos universos como opciones cósmicas haya habido hasta ahora, y en uno puede haber una Cuba donde triunfó una revolución socialista, y en otro estamos nosotros tres conversando y tomando cerveza, y en otro mi padre nunca conoció a la madre de Alicia, y en otro eres famoso, y en otro estás muerto y así, hasta el infinito. Esa sería la respuesta final a la pregunta de por qué este universo es como es y no de otra manera: porque existen también todos los otros.

Felipe se calma, sonrío y mira a Alicia que ya casi se ha quedado dormida. Baja la voz.

-El otro día me leí *Cuarentena*, de Greg Egan, donde también se habla del principio de superposición. Lo interesante es que en esta novela, los observadores tienen el poder de elegir y colapsar aquellas bifurcaciones que más les convienen. ¿Quién sabe? A lo mejor eres el único ser humano que tiene la capacidad de experimentar esa superposición y observar otro de esos mundos. Sencillamente soñando, sin aparatos, ni biocorrientes, ni naves cósmicas. A lo mejor eres una especie de gato de Schrödinger y estás fluctuando entre tus dos funciones de onda.

Se sirve otro vaso y se entretiene un rato en ver los reflejos del líquido en el cristal. Luego se acerca y habla todavía más bajo, como si temiera que alguien más estuviera escuchando:

-Lo jodido del gato de Schrödinger es que todos los observadores del experimento tienen un deseo secreto de verlo morir. Unos, para comprobar que este es el peor de los mundos posibles, otros, para registrar lo sublime de un universo único, con el hombre como reliquia central, principio antropocéntrico.

Enciende un cigarro y mira al techo.

-Imagina ahora un punto de gran bifurcación. –dice -De pronto el pueblo judío elige que sea Barrabás y no Cristo el crucificado. O que Pilatos no se hubiera lavado las manos. ¿Hubiera sido posible? ¿Entonces Cristo también fue una especie de gato de Schrödinger? Sacrilegio como función de onda. A nivel cuántico, Cristo no estaría ni vivo ni muerto. ¿Cómo se interpreta? ¿Cuál es la significación de un Cristo bifurcado? ¿La Resurrección? Tonterías. No es Dios, no es el Universo el que termina por joder a Cristo (o al gato de Schrödinger) es el colapso de mentes unidas. Los observadores. El paradigma, que de cierta manera se defiende cruelmente de todo aquel trasgresor que ose dinamitar sus estructuras, aunque después se haga culto y se exalte a la figura sacrificada. Siempre es igual: mira la historia: Aristóteles, Nietzsche, Mozart, Lovecraft, Van Gogh, Giordano Bruno. Los locos.

Eduardo interviene:

-¿Y Newton, Edison y Einstein?

Felipe sonrío:

-Esos no rompen el paradigma fundamental: la evolución de la tecnología en mejores máquinas para matar, para borrar la especie.

-Entonces Dios no nos quiere.

-¿A qué te engañas, Eduardo? No es Dios; somos nosotros. Nos encanta matar gatos.

-A menos que éste se rebelde.

-Exacto. Ya vas entendiendo.

-Pero, ¿cómo puede rebelarse un gato en esas condiciones?

-Induciendo a la sustancia a no desintegrarse.

-Sí, claro, pero ¿cómo?

-Cambiando la realidad con sus propias nuevas leyes. Irse a la estructura básica, ¿quién sabe?, a lo mejor hasta el nivel de las supercuerdas, del qubit, modelar las vibraciones. Y ya que estamos hablando de qubits, podría teleportarse y al carajo los observadores, el colapso, Dios, o lo que sea. No habría gato, ni vivo, ni muerto, sencillamente al abrir la caja no habría nada. Tercera opción.

Ahora Felipe se levanta y trastabilla un poco, como si estuviera mareado.

-No me hagas mucho caso. Al fin y al cabo todo esto es solo literatura fantástica, ¿no? Hasta mañana, profesor.

El joven se aleja y se encierra en su cuarto.

-Hey, linda, vamos a dormir - le dice Eduardo a Alicia, que lo abraza y se deja llevar hasta la cama como una niña pequeña. Ella inmediatamente se acurruca debajo de las sábanas y cierra los ojos. El, por el contrario, no puede conciliar el sueño.

Esta vez no se dio cuenta de cómo llegó. Baja el telón, sube el telón y ya está del otro lado. Se encuentra en un dormitorio desconocido, las paredes repletas de fotos y afiches de bandas de rock. A su lado, cubierta por una sábana hasta los hombros, duerme una muchacha cuyo rostro le resulta familiar. La reconoce. Se trata de Sonia, aquella chica con la que conversó en la fiesta de disfraces.

Escucha el timbre de un teléfono y pasos afuera, en lo que debe ser la sala del apartamento. Alguien descuelga y percibe una voz apagada, de mujer, que contesta la llamada. Luego los pasos se acercan a su puerta.

-¡Eddy! Es para ti.

Él reconoce en el acto la voz de su madre, una voz que no escuchaba desde que murió de cáncer seis años atrás y que ahora lo estremece por completo. El corazón comienza a bombearle con fuerza.

-¿Creo que es Alicia ¿Vas a contestar? - y él le responde que sí, se pone un pantalón a toda velocidad y sale del cuarto preparado a duras penas para enfrentar su rostro.

-Hola, mamá. -tartamudea y ella se encoge de hombros y entra en la cocina. Todavía temblando, Eduardo toma el auricular y se lo lleva al oído. -Dime.

-Cuéntame. ¿Por fin que pasó?

Sí, es Alicia, pero no sabe a lo que se refiere.

-¿Qué quieres decir?

-Con Sonia. Me dijiste que ibas a salir con ella ¿Volvieron?

-Creo que sí.

-¡Felicidades!

El percibe que su alegría no es auténtica.

-Alicia, quiero verte. Tengo que contarte algo.

Ella se demora en contestar.

-Está bien. ¿Cuándo?

-Ahora mismo.

-¿Ahora? ¿Y Sonia?

Él tiene deseos de decirle que la tal Sonia no le interesa en lo más mínimo, pero se reprime. -No, ella se va a ir ahora. Creo que tiene un examen.

-Ah, bueno. ¿Quieres que vaya para allá o tú vienes a mi casa?

-Ven tú, lo más rápido que puedas.

-Está bien. Dentro de media hora estoy allá.

Cuelgan. Se impone, antes de cualquier acto que vaya a acometer en este mundo, una demostración, un experimento, así sea el experimento más trillado del mundo. Eduardo se pellizca en el brazo y sí, le duele, entonces esto no es un sueño. Y a la mierda la psicología. Se acerca a su madre, que está de espaldas, fregando la vajilla, y se queda mirándola con atención. Sí, es ella, mucho más joven, un poco más delgada de lo que recuerda por las fotografías. Ella parece que se ha percatado de su presencia inmóvil en la puerta porque le pregunta sin mirar:

-¿Qué te pasa?

-Nada. Solo quería verte.

La madre sonrío sin dejar de fregar. Se vuelve por un instante y él se queda extasiado ante ese rostro.

-¿Todavía tu muchacha está ahí?

Él afirma sin dejar de observarla, luego se acerca y la abraza.

-Eh, ¿qué haces?, ¿te volviste loco? - pero él la aprieta fuerte y siente que los ojos se le humedecen.

-Te amo, mamá.

-Ya, ya, déjame, estoy toda mojada. Algo malo debiste hacer para que estés ahora tan cariñoso.

Se separan y ella vuelve a su labor.

-Estás muy raro.

Pero él de pronto se siente feliz.

-¿Y papá? -pregunta.

-Trabajando. ¿Dónde iba a estar? Tú sabes que él es más comunista que nadie.

-¿Sí?

Eso le extraña realmente y lo hace sonreír. Que curioso. En su mundo su padre era “más capitalista que nadie”, hasta el punto de que no pudo con el estrés y murió antes de cumplir los 60. ¿Tendría tiempo para verlo o regresaría a su universo sin haber tenido la oportunidad?

-¿Quieres café? Cógelo, está en el termo. Salió un poco aguado, la cafetera ya no sirve y tu padre no se ha dignado a comprarme otra.

-¿Dónde están las tazas?

-Ahí, donde siempre, en la repisa.

-Ya.

Él se sirve y lo toma de un trago. Sabe horrible. Al ver su cara la madre sonrío:

-Tuve que mezclarlo con chícharos, tú sabes. Así rinde más.

De alguna manera este mundo le resulta mucho más atractivo que el otro, con toda su pobreza.

Regresa al cuarto y descubre que la muchacha está despierta y lo que es peor, completamente desnuda.

-Hola, Eddy - dice Sonia y él se siente un poco confundido. -Ven acá.

Eduardo titubea en acercarse y la muchacha lo nota.

-¿Qué te pasa?

-No, no, nada.

Se aproxima y ella lo abraza y lo besa en los labios. El le corresponde de la mejor manera posible pero Sonia parece que nota su frialdad, porque de pronto se separa y lo mira con cara de reproche.

-¿Qué sucede? ¿Te arrepentiste?

-No, no. Claro que no.

-¿Entonces, ¿por qué estás tan frío conmigo.

-No, es que estoy..., un poco... - pero no sabe qué contestar.

Hay un silencio de varios segundos después de los cuales él baja la cabeza y Sonia empieza a sollozar.

-Entonces todo lo que me dijiste anoche eran mentiras, ¿no? Y yo que creí en ti, pero en realidad no me quieres. Solo deseabas acostarte conmigo.

A Eduardo le gustaría en ese momento dejar de ser un simple espectador, comprende lo humillada que se debe sentir, si pudiera explicarle

-Sonia, hay algo que no entiendes. Es que yo...no soy yo.

Pero entonces ella deja de llorar y se pone furiosa.

-¡Ya estás otra vez con toda esa mierda!

Se levanta y comienza a vestirse rápidamente.

-Por favor, déjame explicarte - pero ella no quiere escuchar.

-¡Me voy! ¡Ya me cansé de tus mentiras!

Eduardo intenta detenerla y ella lo rechaza con fuerza. Él por fin, derrotado, la deja hacer. Para colmo de males su madre vuelve a tocar la puerta.

-Eduardo, te buscan. Es Alicia.

Y entonces Sonia explota y viene hacia él hecha una fiera.

-¡Es por ella!, ¿no? ¡Todavía estás enamorado de esa puta! -Recoge su mochila y lo empuja. -¡No quiero verte nunca más! - Y sale dando un portazo. Al pasar por el lado de Alicia le grita un insulto y se pierde escaleras abajo.

-Creo que metí la pata. - dice la madre de Eduardo.-Discúlpame - y se va a refugiar de nuevo en la cocina.

Alicia tiene la expresión de quién no entiende nada.

-¿No la vas a detener?

Pero Eduardo se encoge de hombros y mueve la cabeza con resignación.

-No me toca a mí. No sabría qué decirle.

-No entiendo nada.

Eduardo por un momento va a invitarla a pasar a su cuarto pero luego se lo piensa mejor. Todavía deben quedar bastantes huellas de la noche anterior. Olores, sobre todo. Y si conversan en la sala, su madre podría escucharlo todo.

-Mejor vámonos a un lugar tranquilo.

-Como quieras.

Bajan las escaleras y salen del edificio. Caminan en silencio hasta encontrar un parque y se dirigen a un banco que está desocupado.

-Siéntate. Tengo que explicarte algo.

Ella obedece, todavía confundida.

-¿Qué pasó?

-¿Recuerdas una noche en que nos encontramos en el monumento del Maine y yo te pedí que me explicaras ciertas cosas, porque las pastillas me habían dado una especie de amnesia?

-Sí. ¿Pero eso qué tiene que ver con Sonia?

-Déjame continuar. ¿Recuerdas la noche que nos asaltaron y a mí me hirieron en el cuello?

-Claro. Él que no podía recordarlo hasta ahora eras tú ¿Recobriste la memoria? ¿Es eso?

-La cosa es mucho más complicada, Alicia. Yo... no soy yo.

-Sí, eso me decías la otra noche, pero yo pensé que estabas jodiendo con todo eso de la doble personalidad, y lo que pensabas de que en determinados momentos alguien te poseía, un demonio o algo así, ¿te refieres a eso?

-Más o menos. El problema es que yo soy, digamos, para que lo entiendas de una manera más sencilla, soy... la otra personalidad, o el demonio, si así lo prefieres.

Ella opta por reírse.

-De verdad que estás loquísimo, Eduardo. Eso te pasa por oír tanto black metal.

-Vale. Estoy loco. Pero ahora quiero que me dejes hablar, hasta el final, sin interrumpirme.

-Está bien.

Eduardo le cuenta la desgracia en la que se ha convertido su vida. Como al principio sus sueños no eran distintos a los del resto de la gente, sueños agradables o pesadillas absurdas sin mucha ilación lógica, algunos en colores, otros en blanco y negro pero siempre difuminados, como tienen que ser la mayoría de los sueños normales. Ya en la adolescencia estos comenzaron a ser cada vez más vívidos y concretos, más “realistas”, y siempre referidos a unos lugares específicos, los mismos paisajes, una especie de Cuba onírica alternativa donde había triunfado una revolución socialista.

-No veo qué tiene eso de alternativo. Aquí también triunfó una revolución.

-Exactamente. Lo que te quiero decir es que este es el mundo con el que yo sueño. Tú eres solo una personaje de ese sueño.

De pronto Alicia le da una bofetada fuerte en el rostro.

-¿Qué haces? - pregunta él extrañado, llevándose la mano al lugar del golpe.

-Nada. Un experimento. Si yo soy parte de tu sueño, entonces eso no debería dolerte, ¿no?

-No hacía falta. Ya lo comprobé y eso es lo extraño. Porque creo que este mundo también es real. Una especie de universo paralelo o algo así. Por eso te lo estoy contando todo, ¿no?

-Demasiado complicado. Si todo lo que dices es cierto, que no me lo creo todavía, prefiero creer que tienes doble personalidad. El otro Eduardo me parece más normal, tú debes ser la personalidad aberrante, la que cree vivir en otro universo, la que hay que eliminar.

-Muchas gracias.

-¿Y qué pasó con Sonia? Ayer mismo me dijiste que estabas loco por ella. Que te ibas a reconciliar.

-¿No entiendes? En mi mundo no hay ninguna Sonia, y si la hay no la conozco. En mi universo tú estás conmigo, es a ti a quien amo. O bueno, no a ti, sino a la otra Alicia.

Ella de pronto se levanta airada.

-¿Sabes lo que creo? Que todo esto es una pose para poder acostarte con las dos. Conmigo y con Sonia. Eres tan ciego Eduardo. Y tan infantil, que me das lástima.

-Espera, no..

-No nos mereces. A ninguna de las dos. Ahora hasta me resultas patético. Por eso mismo te vas a quedar solo.

-¡Coño, Alicia, que no te estoy mintiendo!

-Peor todavía. Eso quiere decir que en verdad estás tan jodido que deberías ir a un psiquiatra. Urgente.

Alicia se marcha sin mirar atrás y él se recrimina por haber sido tan estúpido. Revisa sus bolsillos en busca de cigarrillos, pero solo encuentra un billete raro de color azul y unas cuantas monedas de diferentes tamaños. Observa el billete, “Banco Central de Cuba. 20 pesos”, lee y se pregunta cuánto representará eso a nivel adquisitivo. En su universo con esa cantidad no podría comprar absolutamente nada. ¿Aquí dará para una caja de cigarrillos? Por lo visto el Eduardo de esta dimensión no fuma. Observa el billete por ambos lados. Hay un tipo barbudo con un sombrero de cowboy que no ha visto nunca antes. “Camilo Cienfuegos” dice abajo en letras minúsculas, pero a él ese nombre no le dice nada. En el otro lado hay diferentes escenas campesinas. Un hombre con un racimo de plátanos, otros guataqueando el surco, combinadas cañeras y tractores. “Desarrollo agrícola.” Las monedas son más sencillas. Escudos de Cuba, exactamente iguales a los de su mundo y estrellas con la consigna “Patria o muerte” encima. En fin. Nada se pierde con intentar. Echa a andar en busca de algún estanco y al no encontrar ninguno le pregunta al primero que pasa por su lado.

-Discúlpeme, ¿dónde se puede comprar cigarros por aquí?

El otro mira a los lados, tratando de ubicarse, y luego pregunta:

-¿En pesos cubanos o en divisas?

Eduardo no entiende muy bien la pregunta pero de todas formas contesta:

-En pesos cubanos, me imagino.

-Ah, mira a ver si la bodega está abierta. Baja por esta cuadra y dobla a la derecha. Apúrate, que ellos cierran a eso de la una.

-Gracias.

Sigue las indicaciones y encuentra la tienda sin dificultad. Dos personas esperan en una fila mientras la otra compra. Por lo que puede ver, el lugar está bastante desprovisto de mercancías. Observa como la dependienta apunta unos números en una lista y luego va pesando y llenando los nylon con diferentes productos: arroz, frijoles, azúcar. Luego escribe algo en una pequeña libreta y se la devuelve al cliente.

-Son 10 pesos.

Eduardo se tranquiliza. Por lo visto la cantidad de dinero que tiene da para comprar bastantes cosas. De todas formas le resulta muy curiosa esa libretita. ¿Una tarjeta de racionamiento? Puede ser. Confirma su hipótesis cuando la dependienta le dice al que va delante de él. “Te tocan tres libras por persona.” Y él se pregunta si los cigarros también estarán racionados, en cuyo caso va a tener que joderse, porque no tiene ninguna libretita de esas. Por fin es su turno y pregunta con timidez.

-¿Me puede vender una caja de cigarros? - y le extiende el billete azul.

-¿Suave o fuerte?

El imagina que “fuerte” quiere decir cigarrillos negros.

-Fuertes. -contesta.

La dependienta le alarga la cajetilla y luego le trae el vuelto. Trece pesos, cuenta él. Entonces la caja vale siete.

-¿Y mecheros?

Ella lo mira con una expresión rara.

-Quiero decir, encendedores, fósforos.

-No, fósforos no hay, hace meses que no vienen. Y las fosforeras búscalas en algún lugar en dólares.

“Joder”, piensa él, “un país sin fósforos. Y ¿dólares? ¿Ella dijo dólares? ¿En un país socialista?”

Cada vez entiende menos. Por fin decide regresar a la casa. Apenas entra la madre le dice:

-Ya casi está el almuerzo. Oye, ¿por qué no pones el televisor para ver las noticias? Parece que hay un ciclón que anda rondando cerca.

-Está bien. ¿Tienes algo ahí para encender? - le pregunta mostrándole un cigarro.

-¿Estás fumando otra vez, mi hijo? - le reprocha ella que, sin embargo, le trae una fosforera. El prende y aspira una bocanada de humo. Luego conecta el televisor.

En la pantalla aparece un anciano, barbudo y vestido de uniforme, dando un discurso lleno de cifras relacionadas con índices económicos. Cada cierto tiempo el discurso se interrumpe y las personas aplauden. No es una plaza pública, sino una especie de sala de convenciones y él cree saber de quién se trata, pero reprime la pregunta y prefiere esperar. Ya ha tenido bastante falta de tacto en esta "visita". Piensa que el otro Eduardo, cuando regrese, querrá matarlo por todas sus meteduras de pata. Presta atención al discurso. Ahora está hablando de "la República Bolivariana de Venezuela", y por lo que dice, parece que en ese país también hay otra revolución, con un tal Chávez al frente. Después de un largo rato, el anciano termina con la consigna "Patria o muerte. Venceremos", se interrumpe la imagen y aparece un locutor que confirma sus sospechas. Ese que hablaba es el propio Comandante en Jefe, Fidel Castro. "Vaya, al fin tengo el gusto.", piensa Eduardo. Por las otras noticias que comienzan entonces a dar, referidas a Cuba, parece que este es el país más pacífico del mundo. No hay muertos, ni manifestaciones, ni drogas, ni escándalos por corrupción. El único problema parece ser la generación de electricidad, todo lo demás es perfecto. Intercambios culturales y convenios económicos con China, y Vietnam. Festival Mundial de la Juventud en Venezuela. Luego pasan a las noticias internacionales y no hay mucha diferencia con las de su mundo: Actos terroristas en Gran Bretaña. Conflictos armados en Irak, Afganistán y Palestina, protestas en Brasil y Ecuador, desarrollo acelerado en Asia, más tarde pasan a los deportes, que a él no le interesan en lo más mínimo y por último el parte meteorológico. Su madre viene y se sienta junto a él en el sofá.

-Vamos a ver qué dicen.

Sí, por lo visto hay una tormenta tropical y se acerca inexorablemente a Cuba. En dos días ya estará sobre la Isla. Por ahora tiene categoría 3 pero puede aumentar en velocidad y pasar a categoría 4.

-Esto es lo ultimo que nos faltaba -suspira la madre. -Dale, vamos a almorzar.

Ya sentado a la mesa, Eduardo se siente triste y feliz al mismo tiempo. Es una sensación muy extraña, porque no es la más idílica de las situaciones. Su madre rezonga por los apagones que vendrán necesariamente después del ciclón y lo difícil de conseguir algo de comer, y tu padre, que siempre viene tarde por culpa de sus malditas reuniones y es incapaz de resolver lo mínimo, aunque sea un poco de dinero para arreglar el inodoro, que hace años se tupe, etc., etc. y sin embargo, para

Eduardo es maravilloso estar ahí, compartiendo con su madre, viva y comer algo preparado por sus manos, así sea un poco de arroz con frijoles y una tortilla, lo mínimo. Ahora ella se ha quedado unos minutos callada y luego pregunta:

-¿Qué te pasó con Sonia? ¿Se volvieron a pelear?

-Nada, fue un malentendido -contesta él que no quiere hablar sobre el tema, -Parece que lo eché todo a perder.

-No te preocupes, tú vas a ver como todo se arregla.

-Ojalá.

De pronto se le ocurre una idea. Le escribirá un mensaje al otro Eduardo, igual que en el libro ruso del que le habló Felipe. Termina de almorzar, toma un vaso de agua y se encierra en el cuarto. Rebusca un poco entre las gavetas hasta que encuentra papel y bolígrafo. Piensa un poco y luego escribe:

Eduardo: discúlpame por invadir tu cuerpo. Ante todo quiero que tengas la certeza de que no soy un demonio, ni el espíritu de un muerto que te posee, ni tú eres un esquizoide con desdoblamiento de la personalidad. Ojalá fuera tan sencillo. El problema parece ser que vivimos en mundos paralelos. Aclaro que todo esto sucede en contra de mi voluntad, cada vez que sueño, y ni siquiera logro entender muy bien sus causas. Perdóname también por los errores que he cometido al suplantarte, con respecto a Sonia y a Alicia, y cree que mis torpezas solo han sido por simple desconocimiento de tus emociones o circunstancias.

Ya está. Muy a tiempo porque comienza a sentir la neblina que siempre antecede al regreso. Los objetos se diluyen poco a poco y, justo antes de perder por completo la conciencia, escucha unos toques tímidos en la puerta, -Eddy, ¿estás ahí? - y cree reconocer la voz distorsionada de Alicia.

No ha acabado todavía de despertar cuando se da cuenta de que algo extraño ocurre. El televisor de la sala está a todo volumen dando alguna noticia en la que se escuchan nítidamente sirenas policiales. Alicia y Felipe están de pie, completamente vestidos y lo miran con expresión de alarma.

-¿Qué sucede? -pregunta y ellos se demoran en contestar.

-Tu casa... -comienza a decir Alicia y su hermano la interrumpe.

-Un camión cisterna de Cubapetrol se estrelló contra tu edificio y explotó. Al parecer tu apartamento se incendió por completo.

-¿Qué? - pero las palabras han sido lo suficientemente cristalinas como para levantarse al instante y vestirse a toda velocidad. Corre a la sala y mira las imágenes del televisor.

Sí, es su edificio. Están sacando algunos heridos en camillas y metiéndolos en las ambulancias. Donde estaba su apartamento ahora solo se ven escombros humeantes.

- Vamos. -le urge Felipe -Tengo el auto esperando allá afuera.

Ya en camino Eduardo les reprocha:

-¿Por qué no me despertaron?

Alicia le responde:

-Lo intentamos. Decenas de veces. Pero no reaccionabas con nada. Parecías estar en coma.

Avanzan a toda velocidad. Ya cuando están cruzando el túnel, Felipe, que al parecer es el único que se mantiene sereno, les informa:

-Creo que un auto nos está siguiendo.

Eduardo mira por el cristal trasero pero no ve nada fuera de lo común.

-¿Cómo lo sabes?

-Es el peugeot plateado. Vamos a asegurarnos.

Dobla por 12 como para subir a la avenida 23. El otro auto hace la misma maniobra.

-Carajo. ¿Será la policía? -pregunta Eduardo y Felipe se encoge de hombros.

-Ahora esos son los que menos me preocupan.

Da un giro cerrado en U y regresa por la vía contraria. Al peugeot le resulta imposible imitarlo por la afluencia de autos, especialmente un ómnibus que le corta el paso. Pronto lo pierden de vista y respiran aliviados.

-No entiendo. -dice Eduardo.

-Yo tampoco. -reconoce Felipe y luego se vuelve perpicaz. -A menos que nos hayas contado todo. Quiero decir. ¿Tienes alguna relación con los narcotraficantes que no sepamos?

-Ninguna.

-¿Y con las guerrillas?

-Tampoco.

-¿Y con los parapoliciales?

-Muchísimo menos.

Alicia se ve muy asustada. Susurra:

-A lo mejor no es por Eduardo, es por ti.

-Sí, es posible -reconoce Felipe y continúa manejando en silencio -¿Todavía quieren que vayamos allí? -dice de pronto -Va a ser una pesadilla con todos esos policías tomándote los datos.

-¿Qué le vamos a hacer?

-Bueno.

El auto se detiene cerca del cordón policial. Ellos se bajan, cierran las portezuelas y avanzan abriéndose paso entre los curiosos y periodistas hasta el policía más próximo.

-¿Qué quieren? No se puede pasar. -dice éste cerrándoles el paso.

-Yo vivo en ese edificio. -le aclara Eduardo. -Mi apartamento fue uno de los destruidos.

-¿Sí? Espera un minuto.

El agente llama a uno de los investigadores para que se haga cargo de los interrogatorios.

Una vez que los llevan a la estación, el resto de la mañana se pierde completamente entre los inventarios por pérdidas y algunas preguntas capciosas de los comisarios que al parecer desean encontrar cierta conexión del accidente con actos terroristas. Por lo visto cualquier inquilino que no estuviera en el edificio durante el siniestro se les hace doblemente sospechoso. Por fin, abogado mediante, deciden soltarlos no sin antes advertirles, sobre todo a él, que deben mantenerse localizables. Cuando por fin pueden salir de las cuatro paredes ya son casi las dos de la tarde, el paisaje frente a la estación les parece una primavera bucólica. Felipe les dice que lo esperen allí, que va a buscar el auto.

-Eduardo, lo siento mucho. -dice Alicia y lo abraza -Ya sé que el seguro te cubre en parte los daños, pero es muy triste perderlo todo así, de golpe.

-Sí. - Él no sabe qué contestar. -Lo que más pena me da son mis libros, la computadora.

Se niega todavía a creer. Le parece que todo es ilusorio, que todavía está soñando y no siente ninguna emoción, tan solo un cansancio atroz, unos enormes deseos de caer en la cama y olvidar lo sucedido.

-Te puedes quedar a vivir con nosotros, por supuesto. -dice ella y le acaricia el pelo. Luego lo besa e intenta elevarle el ánimo. -Mañana mismo nos vamos de tiendas, a buscarte algo de ropa. Podemos ir a Ginger Street, el centro nuevo. Te voy a modernizar, vas a ver.

El sonrío débilmente.

-Está bien.

El regreso de Felipe en el auto coincide con la llegada de una furgoneta policial repleta de jóvenes en pleno efecto de datura cubensis, todos volando alto en quién sabe que dimensión artificial de los sentidos. -¡Somos los gatos cuánticos! - está gritando uno de ellos y Eduardo se estremece por el

mensaje sin destinatario aparente. Los policías van introduciendo a los jóvenes uno por uno en la estación y precisamente el muchacho que grita se resiste y recibe una tunda de golpes para obligarlo a caminar. -¡Rebélense, escapen de la Matrix! - vuelve a gritar antes de desaparecer junto con los otros dentro del recinto.

-Vámonos de aquí. -dice Felipe y ellos entran en el auto rápidamente.

Regresan por Zapata. Precisamente en el cruce con la avenida Paseo, un automóvil se lleva la roja y los embiste. Felipe corta a tiempo y logra evitar el choque por unos pocos milímetros. Luego el chofer del otro auto se disculpa y les explica que tuvo un ataque de fatiga momentánea y eso fue lo que le hizo perder el control. Parece sincero.

Tan pronto llegan a la casa Alicia se ocupa de prepararles la cena. Nadie tiene deseos de hablar. Al rato Felipe pone el televisor con la idea de llenar de algún modo la atmósfera depresiva. La solución es peor, porque es el mismo canal de noticias de por la mañana. Inmediatamente se da cuenta de su falta de tacto y va a cambiar de canal pero Eduardo le dice que lo deje.

-...Sindicatos piden a Urquiza que acabe con la impunidad de los paramilitares que atacan contra los trabajadores.

-Ya están dando el resumen -dice Felipe.

-..El presidente Urquiza anunció ayer que está dispuesto a reunirse de inmediato y sin condiciones con delegados de las FAR para tratar sobre la liberación de los 5 políticos y los 18 soldados hechos prisioneros por esta guerrilla.

Llega un momento en que ya no soportan más.

-...El Gobierno explica su polémica propuesta de pagar a los campesinos para que abandonen el cultivo de datura cubensis...

Sin ponerse de acuerdo, con solo una mirada, deciden romper con esa tortura mediática. Felipe zapea un poco. Todos son programas estúpidos de participación o chismes relacionados con los ricos y famosos o telenovelas lacrimógenas. En el *Discovery* están poniendo un documental sobre el lenguaje de las hormigas. Eso tampoco. Por fin se deciden por el canal de las películas. *La Matrix, IV parte.*

-¿Ya la viste? - le pregunta Felipe y sin darle tiempo a contestar, le explica. -Realmente es muy mala, pero tiene una idea que me gusta. Los mundos simulados. Esa es otra variante de universos paralelos que se me olvidó decirte ayer.

Realmente Eduardo no se siente con muchos deseos de conversar sobre ese tema, pero comprende que Felipe intenta hacerle pensar en otra cosa, por lo que decide seguirle la corriente.

-A ver, explícame.

-Supón que existe un mundo como el de Matrix, donde existen computadoras tan poderosas que son capaces de simular virtualmente otros universos, y que nosotros existimos como programas complejos dentro de una de esas simulaciones.

Felipe baja el volumen del televisor y continúa:

-Imagina ahora, y voy a mezclarlo con la idea de *El fin de la eternidad* de Asimov, que en un Instituto de investigaciones a alguien se le ocurrió hacer simulaciones de diferentes desarrollos históricos posibles. ¿Y si esta Cuba, y la de tus sueños, son solo dos de esas simulaciones virtuales? ¿Y si tú, específicamente, eres un programa que se desconfiguró de pronto, o fue invadido por un virus, y ahora estás haciendo conexión con fragmentos de otra ucronía que no te corresponde?

Eduardo hace algunas asociaciones lógicas y se estremece.

-Eso me atemoriza todavía más.

-¿Por qué?

-Lo digo porque, si soy un programa, como tú dices, que se echó a perder o se desconfiguró, lo más sencillo sería borrarlo y volverlo a instalar. Nada grave, ni perjudicial para el propio programa. Sería yo, de nuevo, en este universo, pero sin esos sueños raros de revoluciones y socialismos. Ningún recuerdo tampoco de mis experiencias pasadas. Pero si soy un virus, entonces tratarían de eliminarme. Claro que no de esa manera... – Eduardo señala despectivo las figuras trajeadas y con gafas, los malos de la película – Demasiado espectacular. Con un accidente o un infarto bastaría.

-A menos que infectes otras máquinas, o te hagas invisible para los antivirus, o mutes a tiempo antes de cada ataque.

-Prefiero ser invisible.

-Basta de ciencia ficción, par de locos y vengan a comer. – dice Alicia – Coño, Felipe, no le llenes más la cabeza a Eduardo con tus cosas. Una rastra de petróleo acaba con su apartamento, después un carro por poco nos mata y tú lo explicas todo con la Matrix.

-Gracias por recordárselo.

Se sientan a la mesa. Almuerzan en un silencio incómodo.

-No lograremos nada haciendo como que no pasó. Pero tampoco con esas caras de luto, inventando fantasmas, expedientes x o teorías de conspiración. Prefiero creer en la casualidad. Hoy nos levantamos con mala suerte, y eso es todo.

-La casualidad no existe. La mala suerte tampoco. Recuerda que hoy había un auto siguiéndonos.

-Yo no voy a discutir más contigo, Felipe. Y en cuanto a lo del carro misterioso, ¿estás seguro de que el amigo que te prestó el suyo está completamente limpio?

Felipe se remueve inquieto.

-Bueno, completamente limpio al ciento por ciento, no lo está.

-Ya ves. Creo que lo mejor es que lo devuelvas. Hoy mismo. No queremos más problemas. Eduardo decide intervenir:

-Creo que Alicia tiene razón.

Felipe se queda pensando unos segundos y luego hace un gesto como que le han convencido.

-De acuerdo. Se lo llevaré ahora. De todas formas tengo que contarle lo que nos pasó, para que esté atento. -Termina de comer y se levanta. -Hoy voy a llegar tarde. Tengo que arreglar un montón de cosas antes del ciclón.

-¿Un ciclón?

-Sí. Lo pronostican para mañana. Parece que viene derecho para acá.

-En mi sueño también había un ciclón acercándose.

-A lo mejor va y es el mismo. -dice Alicia.

-Seguro. -la apoya Felipe. -¿Por qué no iba a serlo? Es la misma Cuba, ¿no? Geográficamente, quiero decir.-Mira la hora en su reloj. -¡Por dios, qué tarde se me ha hecho! -le da un beso rápido a su hermana y se marcha a la carrera.

Alicia le pide a Eduardo que, mientras ella friega y ordena un poco, le ponga precintas a los cristales de las ventanas. Por suerte son pocas y a la media hora ambos han terminado. Analizan la posibilidad de pasar por el centro comercial, a comprar comida congelada, latas, baterías, velas y algo de ropa para Eduardo pero los dos se sienten tan fatigados que al final deciden descansar un poco y dejarlo para la noche o la mañana siguiente. De todas formas es bastante probable que con el problema del huracán suspendan las clases en la universidad. Alicia lo abraza cariñosamente y se duerme casi al instante de cerrar los ojos, pero él no puede conciliar el sueño. “Realmente son demasiadas cosas en un solo día”, piensa y de pronto se imagina en medio de un reguero de pólvora y él con una antorcha encendida, sin saber qué hacer, dónde ponerse, cómo apagarla. Hay un golpe de viento, la pólvora toma entonces la forma de una bifurcación fractal y él comprende que debe encender una de las dos ramas, pero no se decide. ¿Para qué, si al final se va a quemar todo como un árbol seco?

Ahora mira a Alicia, la expresión tan dulce que pone cuando está dormida, el leve rumor que emite al respirar y se sorprende superponiéndole los rasgos de la otra, el mechón de pelo azul, los piercings, el tatuaje con la estrella invertida y entonces, de una manera totalmente irracional por lo inesperada, siente que se excita. La situación no le es absurda por alguna razón ética, sino porque que es imposible, piensa, tener una erección después del día tan devastador por el que han pasado.

Fija la mirada en un punto distante y trata de relajarse, pero sin éxito. Entonces se levanta suavemente para no despertar a Alicia y se marcha a la cocina. Enciende la cafetera y se va a dar una ducha rápida. Mientras el agua cae sobre su cabeza, con los ojos cerrados, siente que se excita de nuevo. “Es curioso”, piensa. “Si en verdad hay universos paralelos, y estoy pasando continuamente de uno a otro, entonces ¿cuándo descansa mi cuerpo? Pero más interesante aún. ¿Cuándo descansa mi cerebro?, ¿Cómo recupero toda esa energía? ¿Por qué aquí tengo 43 años y allá tengo 19 o 20? Otra de tantas preguntas sin respuesta. Sale del baño y se dirige otra vez a la cocina. Ya está el café. Se sirve en una taza, lo apura de un solo trago y vuelve a pasar por la habitación. Se encuentra con la mirada de Alicia, que se ha despertado y le sonríe todavía soñolienta.

- Ven, abrázame, sé bueno conmigo – susurra. Él se acerca a la cama y se sienta en donde le indica Alicia, que se ha incorporado a medias. Ella lo rodea con los brazos, se aprieta contra él y posa la cabeza sobre su hombro. Eduardo hunde sus manos en el pelo de la muchacha acariciándole con la yema de los dedos el cuero cabelludo, como si estuviese dándole un masaje y luego la besa suavemente.

- Eso me gusta – susurra ella y se aprieta un poco más a su cuerpo. Luego se ríe. – El otro día le conté sobre nosotros a mi mejor amiga y me dijo que yo estaba loca, que cómo iba a empatar con un hombre que me doblaba la edad, que la gente nos iba a criticar a nuestras espaldas.

- ¿Tu mejor amiga?

- Sí, se llama Sonia. Tú no la conoces, estudiamos juntas desde la secundaria pero luego ella matriculó en otra universidad. Ella tiene sus defectos, pero es buena en el fondo.

Eduardo, sorprendido, sospecha que se trata de la misma Sonia de sus sueños. - ¿Y qué le contestaste?, pregunta.

- Que te amaba desde hacía tiempo y que me sentía muy orgullosa de que me vieran contigo.

- Vaya, que bien. – El no puede evitar sentirse halagado.

- Se ve que eres libra, - jaranea ella - una los elogia nada más un poquito y luego se hinchan como un pavo real.

- ¿Me estás diciendo vanidoso? – se finge enojado él. - ¡Ahora va a ver! – y comienza a hacerle cosquillas que Alicia aparenta rechazar juguetonamente, hasta que al final se deja caer sobre la cama. – Ven-, le dice, y abre las piernas para que Eduardo se acueste sobre ella. –Ámame, ahora.

Para Eduardo entrar en la muchacha es descubrir el punto donde confluyen todos los instantes. La acaricia y su piel es suave, ingrávida, sus manos son cierto movimiento de alas insospechadas en la oscuridad.

-Bésame -pide ella transformada por momentos en la hija, la mujer y la madre, arabescos del espíritu, -Te amo, Eddy -el paso del tiempo retenido por el palpitar de la sangre en las sienes, luego él deja que los labios se deslicen y escurran saliva por sus valles y promontorios mansos. Descubre una lágrima y la seca con el dorso de la mano.

-¿Estás triste?

-Claro que no, tonto. Dale, sigue.

Poco a poco la cadencia se intensifica, su voz ahora es una llamada urgente a la mezcla de fluidos, al diálogo feroz de los dedos y las lenguas en la piel, de pronto ella se voltea. -Ven. Ahora por detrás - lo engulle y clama obediencias. Eduardo sorprendido de esta Alicia ardiente como fiera en celo que empuja con fuerza hasta percibir sus gemidos casi al borde del orgasmo, el grito reprimido en las uñas aferradas a la espalda, Eduardo siente como todo su ser quiere escaparse de golpe y estalla al final en curva soberana de éxtasis. Alicia ríe feliz -Ay, qué rico, Eddy - y luego se dejan caer desfallecidos sobre las sábanas. Él prende la luz de la lámpara en busca de cigarrillos y apenas sus ojos se acostumbran a la claridad descubre los mechones de pelo verde y el tatuaje de la estrella invertida en la espalda de la muchacha. Siente entonces como si hubiera cruzado alguna especie de línea invisible.

Eduardo teme romper el silencio, es mejor no hablar y pretender que nada ha ocurrido. Ella se estira y emite un largo suspiro de satisfacción.

-Me sentí como si estuviera volando, -dice -y tú eras mi ángel negro. *Oh, my dark angel, I need you* - canta con un hilo de voz. -¿Recuerdas esa canción? - Luego se inclina sobre él y lo besa largamente. -Gracias. -susurra, y de pronto él ya no siente a esta Alicia como una extraña, todo lo contrario, con pleno conocimiento de causa, acaba confesándose que también está enamorado de ella, posiblemente tanto como de su "otra" Alicia, y es que las dos se complementan a la perfección para conformar su mujer ideal, en todos los sentidos.

-Antes de volver contigo me prometí que te iba a ayudar. -dice Alicia después del primer cigarrillo.

-Estuve leyendo sobre tu caso.

-¿Qué caso?

-El de la MPD: personalidad múltiple o alternante. Tú sabes que yo quería estudiar psicología en la universidad, pero no aprobé los exámenes de ingreso. Estuve como cuatro horas en Internet bajando información sobre ese tema. Me salió un poco caro, a dólar la hora, pero me enteré de muchas cosas.

-¿Cómo cuáles?

-Es uno de los debates más candentes que hay ahora en la psiquiatría. Los ingleses no creen que existe y los norteamericanos la defienden a capa y espada. De todas formas cada vez son más en el mundo los que la reconocen como diagnóstico.

-¿Y por qué dices que ese es mi caso?

-Espera. Apunté algunas cosas y prefiero leértelas.

Alicia se levanta y rebusca en su mochila. Luego saca una agenda y la abre en una página marcada por una cinta.

-Aquí está. *Síntomas: Los enfermos sufren pérdida de memoria y desmayos, tienen sensaciones de irrealidad, escuchan voces y alternan varias personalidades.* En un caso típico como el tuyo, la personalidad principal no es consciente de las demás, *que suelen aparecer en las crisis para «tomar control del cuerpo».*

-Yo no escucho voces.

-Pero todo lo demás sí. Dicen que la personalidad múltiple tiene su origen en una infancia con abusos sexuales. *Los niños en ese momento niegan lo que les ocurre. – lee - Como consecuencia de esto, «se desdoblan» en otras personas que sufren el abuso. Cuando los niños crecen, los recuerdos traumáticos se reprimen, pero no se eliminan, y más tarde se manifiestan como los típicos síntomas.*

-Que yo sepa nunca sufrí de ningún abuso sexual. Estoy totalmente seguro de eso.

-A lo mejor lo estás reprimiendo.

-Que no, Alicia, coño. Estoy seguro.

Eduardo se impacienta un poco. ¿Por qué las mujeres siempre tendrán que hablar de *cosas serias* después de tener una relación sexual tan maravillosa? ¿Y si le cuenta todo? No, mira la vez pasada. Será mejor dejarla con su teoría, al fin y al cabo en este mundo es tan válida como cualquier otra. Se mantienen unos minutos en silencio. Luego ella vuelve a insistir.

-Eddy, yo lo que quiero es ayudarte.

-Está bien. -Él se rinde. -¿Copiaste cuál es el tratamiento en estos casos?

-Sí. Dice que: *los medicamentos para tratar estados psicóticos no están indicados.* Ya lo ves: no puedes tomar más pastillas a lo loco como tú haces. Lo que proponen los psiquiatras es descubrir el número de personalidades del paciente y luego hablar de manera individual con aquellas que causan el trauma.

-O sea, que tengo que ir al psiquiatra.

-Sí. No te preocupes. Yo te acompaño todas las veces si quieres.

Él por fin se decide. Se lanzará a fondo y que venga el desastre porque no soporta el engaño, aún más cuando de pronto ha imaginado la ínfima posibilidad de lo que pasaría si Alicia al fin y al cabo fuera la que tuviera razón. ¿Qué loco, no? Comprobar que todo el universo que crees real, todo lo que recuerdas, tu profesión, tu casa, la historia del mundo, tu país, los amigos, Felipe, Alicia,

absolutamente TODO, no existen en realidad, son un invento de tu mente. La posibilidad es tan aterradora que se niega a creer. No, es imposible.

-¿Y si te dijera que ahora yo soy la otra personalidad, la que dice venir de otro universo y que suplanta al Eduardo que tú conoces? ¿Y si te pido que me escuches, por favor, que me ayudes y que estoy dispuesto a ir después al psiquiatra si así lo deseas?

Ella se ha quedado pálida. “Ahora viene la bofetada”, piensa Eduardo pero se equivoca. Alicia traga en seco, seguramente probando su potencial como futura psicóloga, suspira hondo, por un momento parece que va a preguntar lo que él más teme, el momento de la superposición, pero luego se calma, mira su ropa a los pies de la cama y se encoge de hombros con indiferencia.

-Al carajo, - susurra - Tú también eres Eduardo.

Lo mira a los ojos.

-Cuéntame todo. A ver si logro entender. Yo le dije a papá que me iba a quedar contigo hasta después del ciclón, así que tenemos tiempo. Bueno, yo tengo tiempo. No sé tú, así que empieza.

En la hora siguiente él se abre ante ella como un niño bajo la luz confesando sus verdades, pidiéndole a Dios o al destino que el regreso no venga tan pronto como de costumbre. Hay un momento en que ella dice “Espera”, busca un bolígrafo y se pone a escribir. Él piensa que aunque lo desee, no podrá contarle todo y se apresura, va edificando toda la maquinaria de su mundo, la historia de su vida a grandes rasgos, mientras Alicia, al principio bastante perspicaz, poco a poco se va empapando del relato, se alegra o se entristece ante determinados pormenores, a veces pregunta. - ¿Y dices que allá yo también tengo 18, como aquí, pero tú tienes 43 años? ¿Por qué? -pero él se encoge de hombros y continúa, ahora más relajado, a ella le gusta especialmente la parte donde no es hija única sino que tiene un hermano y pide más detalles.

-¿Y dices que vivimos juntos?, ¿sin nuestros padres?, ¡qué bien! ¿Y cómo es él?

Él le cuenta como puede sobre Felipe y sus extrañas teorías y ella asiente con la cabeza, seria, intentando comprender. Ya no atisba detrás de cada frase para destrozarle la coherencia lógica de lo narrado, sino que hasta la ha sorprendido a punto de llorar en determinados pasajes, en especial los más recientes. Poco a poco el discurso se va apagando y Eduardo termina con la boca reseca, después de hablar sin descanso durante casi dos horas.

-En tu historia hay tantas cosas concretas, tantos detalles -dice Alicia, todavía asombrada -que por momentos llego hasta dudar un poco de la validez de mi idea de la doble personalidad.

-¿Por qué?

-No es tanto por los recuerdos, al fin y al cabo en psicología hay un fenómeno llamado paramnesia, que es la facultad que tienen algunas personas de inventarse recuerdos, si no porque parecen tener lecturas y conocimientos que no concibo como pudo obtener "mi" Eduardo, en solo 20 años.

Ella enciende el último cigarro y prosigue:

-Si algo sé de él es que nunca ha sido un gran lector, ni un gran conocedor de historia tampoco como para fabricarse un universo tan complejo, tan lógico y sin cabos sueltos como el que me has descrito.

-¿Entonces?

-Entonces no sé. Ya no sé nada. Para mí todo esto es como un vuelo con hongos.

-Espera. Tengo mucha sed. Voy a la cocina a buscar agua. - Eduardo se levanta y se pone el pantalón. -¿Quieres que te traiga?

-Sí, gracias.

Abre la puerta y atraviesa la sala. Mira el reloj. Ya son cerca de las tres de la mañana. En la cocina hay un hombre de espaldas, Eduardo no lo ve en el primer momento, casi choca con él y los dos saltan del susto. El hombre sonrío y Eduardo de pronto reconoce a su padre.

-Eh, hola - logra balbucear.

-¿Qué tal, Eddy? ¿Qué quieres?

Igual que con su madre, a Eduardo le cuesta un enorme esfuerzo apartar los ojos de su rostro.

-No, solo un poco de... agua.

-¿No puedes dormir? ¿Te sientes mal?

Él no puede dejar de mirarlo.

-No, no. Estoy bien. No te preocupes. El vaso es para Alicia.

-Ah, ¿Por fin ella se va a quedar estos días con nosotros?

-Sí. Eso creo.

Por la expresión, Eduardo comprende que a su padre la idea no parece entusiasmarle mucho.

Ya con el vaso lleno, Eduardo se despide y regresa a su cuarto. Alicia está echada en la cama, contemplando el techo mientras fuma, luego se incorpora y se apoya contra la cabecera. Aplasta lo que queda del cigarrillo contra el cenicero y sonrío:

-¿Sabes? Estás más loco que el carajo, con todas esas historias de universos paralelos, y de una Cuba capitalista y todo lo demás, pero me gustas también con esta otra personalidad de profesor de literatura, con 43 años, me resultas muy interesante.

Pone la almohada a su espalda, bebe un poco y sonríe:

-No te voy a negar que me preocupaba con quién en realidad había templado esta noche, pero ahora no me importa, ni tampoco me arrepiento, hasta te confieso que lo disfrut  bastante, sobre todo al final.

Eduardo la mira fijamente, atento a lo que pueda venir después.

-Lo que te quiero decir es que te estará esperando.

Ella se aparta de la almohada inclinándose hacia delante y se rodea las piernas con los brazos.

-Bésame.. - le pide y acerca sus labios con los ojos cerrados, pero no llega a rozar los suyos porque de pronto todo se desvanece de golpe en la ya conocida bruma gris.

Está sonando el celular. La otra Alicia duerme en su lado de la cama, acurrucada junto al borde mismo del colchón.  Qui n será el que llama a esta hora? Mira el reloj: las cuatro y media de la mañana. No tiene ningún deseo de levantarse. Espera un rato que el importuno se rinda y termine de colgar pero la musiquita insiste, una y otra vez. Por fin se llena de valor y se incorpora. Toma el aparato y se lo lleva al oído.

-Dígame.

- Eduardo! -reconoce la voz excitada de Felipe -  R pido, despierta a Alicia!  Dile que haga lo que acordamos y que venga después para acá!  Solo eso, no tengo tiempo para explicarte!  Ella te lo dir  todo!- Felipe cuelga y él se queda unos segundos con el celular al oído, escuchando el tono, sin entender.

Por fin se decide a actuar. Zarandea suavemente a Alicia hasta que logra despertarla y le da el mensaje de su hermano. Al instante ella se despabila por completo y así mismo, envuelta en la sábana, y al parecer bastante asustada, va corriendo hasta la computadora y la enciende.

- R pido!- le dice ella - V stete que nos vamos!

Alicia manipula un rato en el ordenador, posiblemente borrando algunas carpetas, apaga, saca el disco duro y luego regresa al cuarto. Ya para entonces Eduardo está completamente vestido y le pregunta con nerviosismo:

- Qu  sucede?

Incluso en estas condiciones ella le da un beso -Ahora te lo explico todo, mi amor. - antes de correr a vestirse con lo primero que encuentra. -En la cocina busca un pote que dice *Arroz integral*; tr ame lo que hay dentro.

El obedece sin rechistar. El recipiente es un poco grande para lo que dice contener. Lo abre y encuentra arroz. Piensa por un momento si es una broma. Luego hunde la mano y toca algo sólido, como metal. Lo extrae y confirma sus sospechas. Un bolso de nylon, con dos pistolas dentro y cargadores para cada una. Siente olor a papel quemado y plástico derretido. Regresa con el bolso al cuarto y ve que Alicia está en el baño, quemando documentos y discos de datos.

-Ven, -le dice ella -Sigue con esto en lo que yo preparo la mochila con mis cosas. Échalo todo después por el tragante.

El ya no puede contener su curiosidad.

-¿En qué están ustedes?

Ella mete a toda prisa algunas ropas y prendas íntimas en la mochila.

-Somos del movimiento de liberación José Antonio Echevarría.

Eduardo piensa que debe ser un grupo nuevo porque nunca lo ha oído nombrar.

-¿Guerrilleros urbanos? - pregunta aunque ya sabe la respuesta.

Alicia carga las pistolas y le ofrece una. -Toma. Por si acaso -que él guarda en la parte trasera del pantalón.

-Vamos - lo urge ella. -Apúrate. Alguien nos delató y la policía debe estar al llegar en cualquier momento.

Eduardo echa los restos incinerados al inodoro y hala la cadena.

-Listo.

Salen a la calle mirando a todos lados pero no hay rastros de policías. Todavía es de noche. -Menos mal. Ya son las cinco y diez. A las y cuarto pasa el transmetro. Espero que nos de tiempo.

-¿Dónde vamos?

-A otra casa. Más segura. Allí nos está esperando Felipe.

Alicia y Felipe de guerrilleros. ¿Quién lo hubiera adivinado? piensa Eduardo. Los exterminan y vuelven a surgir, una y otra vez, indomables, como la hierba silvestre. Idealistas en su busca eterna de la utopía revolucionaria, carne de cañón, la mayoría terminaban muertos antes de los 30 años. ¿Pero por qué no me dijo nada antes? Eduardo concluye que es lógico, ¿Para qué implicarlo? También por la seguridad, la compartimentación, y a fin de cuentas. ¿Qué habría hecho él al enterarse?, ¿alentarla o tratar de que abandonara?, probablemente lo segundo. La madurez no es que nos haga más inteligentes, sino más cobardes, más resignados. Y ahora esto. Por debajo de todo el futuro precario que se avecina, un gran temor Sin poder elegir, envuelto en el camino de la incertidumbre, de la posibilidad real de la muerte.

En la parada hay dos policías pero eso es normal a esta hora. De todas formas Alicia lo abraza y aparenta estar un poco mareada para dar la idea de que acaban de trasnochar en alguna discoteca. Compran los pasajes en la taquilla y se sientan a esperar en uno de los bancos. Ella susurra:

-Perdóname por haberte metido en esto. Todavía puedes salirte, antes que lleguemos a la otra casa.

El se encoge de hombros.

-De todas formas no tengo ningún lugar donde ir. Y si me detienen, la policía no va a creer que no sé nada.

Por fin llega el transmetro y respiran con alivio. Entran y se mantienen al lado de una de las puertas, por si acaso. El transmetro está bastante lleno a pesar de la hora. La mayoría son trabajadores sin muchos recursos, gente que trabaja en las afueras y deben madrugar todos los días. Hay algo que no encaja en esa cantidad de personas precisamente hoy, pero Eduardo no logra darse cuenta de qué es lo que sucede. Al fin y al cabo es jueves, un día normal como otro cualquiera. La amenaza de que los sorprendan va disminuyendo en la medida que se van alejando del centro hacia los límites de la ciudad.

-Es en la próxima - le indica Alicia y él asiente con la cabeza.

Llegan a su parada y descienden. Solo tienen que caminar dos cuadras. Por fin llegan a una casa de paredes desconchadas, con un cartel que dice "Chapista" y Alicia toca la puerta con tres golpes rápidos.

-¿Quién? -. preguntan desde adentro.

-Harlem - contesta ella y la puerta se abre de inmediato. Un joven desconocido, un poco nervioso.

-Pasen. Felipe está allá atrás.

Caminan por un pasillo y entran en el dormitorio. Felipe está sentado frente a una mesa, desmontando y limpiando las piezas de un M-16 del ejército. Se levanta y abraza a Alicia casi desesperadamente, luego le da un apretón de manos a Eduardo.

-Lo lamento. Nunca quisimos involucrarte en esto.

Eduardo se encoge de hombros como restándole importancia, -¿Qué le vamos a hacer? - y luego mira el fusil sobre la mesa.

-Es parte de lo que hacemos. - le explica Alicia. -Conseguir armas, dinero y medicinas para las guerrillas de las montañas.

El joven que les abrió la puerta entra en el cuarto y se dirige a Felipe.

-Ya está resuelto. Se quedarán aquí un par de días, en lo que les conseguimos nuevos papeles de identidad. Luego los trasladaremos hacia otra provincia. Allí esperarán nuevas órdenes. Ah... -se

dirige esta vez a Eduardo y a Alicia -Yo soy Patricio. Mucho gusto y considérense en su casa. Tengo algo de comida, si quieren.

-No, gracias.

-También hay café. Pero hay que hacerlo.

-Yo lo preparo. -dice Alicia y se va con Patricio a la cocina.

Felipe termina de montar el arma. Mira a Eduardo y sonrío

-Uno se apega a estas cosas. - dice. -Sin embargo, nunca he tenido que usarlo para matar a nadie.

Luego comprueba la hora.

-Qué horror. Las seis de la mañana. No he dormido en toda la noche, preocupado por ustedes. Estoy muerto.

Se levanta y va hacia el camastro.

-Voy a dormir un poco. Una o dos horas, cualquier cosa me despiertan.

-Está bien.

Ya por la ventana se ven algunas claridades. Eduardo se asoma pero no reconoce el barrio, ni los edificios de aquella parte de la ciudad. Se entretiene un rato observando como la ciudad se ilumina poco a poco, y la oscuridad va desapareciendo hacia un violeta cada vez más claro, con alguna que otra tonalidad azul. No hay nubes. De pronto cae en la cuenta de lo que le molestaba en el transmisor, lo que no encajaba. El ciclón. Según el parte ya en estos momentos el ciclón debía estar pasando sobre Cuba.

-Toma. -Alicia le ofrece una de las tacitas llenas de café que trae en un plato. -¿Felipe se durmió?

-Sí, el pobre. Dijo que lo despertáramos dentro de dos horas.

Él toma el café a pequeños sorbos, soplando antes de cada trago para no quemarse.

-Te quedó bueno.

Enciende un cigarro y vuelve a mirar por la ventana. Ella se acerca y rodea su cintura con los brazos.

-Ay, Eduardo, te hemos cambiado toda la vida en un instante.

-No te preocupes. Ya verás como todo sale bien. ¿Viste que lindo el día? No parece que haya un ciclón cerca.

-¿De qué ciclón hablas?

-¿No te acuerdas?, el que dijeron en el parte ayer por la noche. Supuestamente iba a pasar muy cerca de la Habana.

Ella lo mira un tanto confundida.

-Ayer no dijeron nada de un ciclón. Todo lo contrario. Que iba a ser un día espléndido, sin nubes. Lo recuerdo perfectamente.

-Espera.

Él siente una inmensa opresión en el pecho y ni siquiera quiere pensar en lo que eso implica. Tampoco le dan tiempo. De pronto se abre la puerta y aparece Patricio con el rostro muy pálido.

-¡Nos descubrieron! ¡La policía! ¡Están aquí!

Felipe se despierta en el acto, agarra el fusil y lo rastrilla.

-¡Mierda! ¿Hay alguna otra salida?

-Por la azotea.

-¡Vamos!

Eduardo mira a Alicia, le quita el seguro a la pistola y corren al fondo del pasillo. Ya Patricio ha abierto una claraboya en el techo.

-¡Por aquí! ¡Rápido!

Alicia es la primera en subir, ayudada por el hermano. Luego es el turno de Eduardo y después el de Patricio. Se inclinan para alzar a Felipe pero en eso se oye un gran estruendo y comprenden que los policías ya invadieron la sala. Suenan los primeros disparos y Felipe lanza una ráfaga al tiempo que grita

-¡Váyanse, cojones! ¡Yo los detengo!

-¡Felipe, no! - grita Alicia pero Eduardo la hala por el brazo y la obliga a correr en contra de su voluntad.

Por suerte las casas casi están pegadas unas a otras y pueden saltar hacia las azoteas más próximas. A sus espaldas se siguen escuchando disparos y ráfagas.

-¡Lo matan!, ¡Lo van a matar! - dice ella y pugna por regresar de nuevo pero él se lo impide.

-¡Por aquí! -indica Patricio y se descuelgan hacia un solar. Se ocultan entre la hierba. Eduardo siente falta de aire y el corazón latiéndole a mil.

-Lo mejor va a ser separarnos. Así tendremos más posibilidades.

Ya no se oyen disparos y Alicia llora en silencio, sabiendo lo que eso significa. Patricio levanta la cabeza y mira hacia la avenida.

-Estamos jodidos -murmura. -La calle está repleta de policías, tan exagerados como siempre. Si por lo menos pudiéramos saltar aquella cosa... - dice señalando un muro al fondo del terreno.

-¡Entréguense! ¡Sabemos que están ahí! - grita alguien desde la calle, posiblemente uno de los jefes del operativo.

De pronto Eduardo se ilumina. El ciclón, claro. Hay una mínima probabilidad de que ese no sea su universo. ¿Y que sucedería si lo matan?, se pregunta, ¿seguiría vivo en el resto de los mundos? “A fin de cuentas no hay nada claro en todo este disparate de gatos cuánticos y funciones de onda.” Le da un codazo a Patricio y le señala a Alicia.

-Llévatela. Yo los entretengo.

Ella se remueve con furia.

-¡No! ¡No quiero perderte a ti también!

-No me va a pasar nada. – intenta tranquilizarla -¿No te he contado de mis sueños raros con otros mundos?

-¿De qué tú hablas? ¿Estás loco?

-Razón de más -murmura él y rastrilla la pistola. -Es la única manera. Si no lo hago, morimos los tres. Al menos así hay una posibilidad.

-¡Que no, coño!

De pronto Alicia se levanta y empieza a disparar enloquecida. El también dispara, tratando de halarla de vuelta al suelo. Es entonces cuando siente el impacto en el cuello y al mismo tiempo ella da un salto hacia atrás y cae al suelo. Patricio sigue disparando e intenta alejarse en dirección al muro pero ya no hay nada que hacer. Están perdidos. Alicia tose y sus labios se llenan de sangre. Intenta decir algo y le aprieta la mano fuertemente, mientras su blusa se va tiñendo de rojo. El también siente como las fuerzas lo abandonan. Intenta disparar las balas que le quedan pero descubre que su brazo se niega a obedecerle. Todo se va oscureciendo a gran velocidad y su última imagen son los ojos fijos de Alicia, que ya no respira.

Casi la rechaza cuando ella viene enamorada a darle el beso de los buenos días. Allá afuera parece que se está acabando el mundo, con fuertes ráfagas de viento golpeando las ventanas. Eduardo comprende. El ciclón. Ya está de vuelta. Suspira con alivio pero se siente más triste que nunca e inmensamente cansado.

-Que falta de pasión -dice Alicia en son de broma pero él no sonrío.

-Acabo de ver tu muerte. Y la de Felipe. En otro universo. Ustedes eran guerrilleros urbanos.

-Coñó.

Ella se aparta un poco y se sienta en el borde de la cama. Ahora está seria. -No te niego que alguna vez fantaseamos con esa idea, Felipe y yo, pero nunca llegamos a concretar nada. El contacto que íbamos a ver para ingresar en el movimiento, un tal Patricio, fue detenido dos horas antes de la cita.

-Sí, también conocí a Patricio.

-Pero este no es el sueño de siempre, ¿no? Ahora viajaste a otra Cuba.

-Sí. ¿Dónde está Felipe? Quiero saber qué coño significa todo esto.

-En su cuarto, leyendo. Regresó ayer por la noche, mientras dormías. ¿Te lo llamo?

-No, Alicia, prefiero bañarme. Lo malo es que no tengo ropa aquí.

-¿Quién dice que no tienes ropa? ¿No te acuerdas que ayer fuimos a tu apartamento a buscarla y trajiste una maleta llena?

-¿Mi casa? ¿Pero mi casa no fue destruida ayer por un camión cisterna?

-Claro que no. ¿Qué tonterías dices?

-Espera. Espera, espera...

El siente que está a punto de volverse loco.

-¿Por qué entonces me mudé para acá?

-Por el ciclón, claro, acordamos pasar el ciclón juntos, ¿no lo recuerdas?

El respira hondo. No puede contenerse.

-Ya no entiendo nada ¿Y qué hicimos ayer cuando regresamos de mi casa?

-Vimos una película. La matriz, cuarto episodio, creo. Conversaste un rato con Felipe de sus locuras de ciencia ficción, en lo que yo cocinaba.

-Sí, coincide. ¿Qué más?

-Recuerdo que lo regañé por estarte lavando el cerebro con todas esas fantasías.

-¿Y después?

-Bueno, después te bañaste e hicimos el amor, por cierto, muy fervorosamente, un ratico.

-¿Por qué un ratico?

Ella sonrío divertida.

-Porque estabas tan cansado que te quedaste dormido por la mitad y tuve que acabar sola. Ella viene y lo besa sensual en la oreja. -Esa me la debes.

“Esto es demasiado”, piensa él y se siente enfermo. Algunas cosas pegan, otras no. Y el núcleo del problema es que cada vez hay menos esperanza de regreso. ¿A dónde? Ya no sabe cual es su universo real. ¿Aquel del accidente con el camión o este? Sin elementos donde poner a trabajar la lógica. Una lógica que se ha demostrado reducida, incapaz de discernir algo concreto, fiable, dentro de todo ese marasmo mental en que se encuentra.

-Me voy a bañar -dice con voz cansada, -¿Dónde está mi ropa?

-Los calzoncillos en la segunda gaveta. El resto en el closet.

Sí, es su ropa, la que recuerda de siempre. Ningún atuendo extraño. Esto lo tranquiliza un poco. Ya en el baño, desnudo, se mira en el espejo de la puerta y se sorprende más delgado. Se ducha en un santiamén.

-Sí, por favor, llámame a Felipe. -le pide a Alicia una vez que está de regreso y se ha vestido completamente.

Solo necesita diez minutos para ponerlo al corriente de sus últimas vivencias y dudas. Cuando termina de contar, se nota que Felipe está impresionado.

-No te voy a mentir, creo que ahora sí estás bastante jodido. - le dice moviendo la cabeza con pesadumbre. -Estaba leyendo ahora otro libro de ciencia ficción rusa, una noveleta de los hermanos Strugaski, “Decididamente tal vez”, donde se decantan por el concepto del Universo Homeostático.

-¿Qué es eso? ¿Tiene que ver con el equilibrio, ¿no?

-La idea de esta novela puede resumirse en que el Universo conserva su estructura; trata de mantener el equilibrio entre el aumento de entropía y el desorden por un lado y el desarrollo de la razón y el orden por el otro. Por eso no existen las supercivilizaciones. Hay un límite donde se rompe el equilibrio y el universo se defiende, tratando de evitar a toda costa que siga incrementándose el conocimiento. Esto es lo que les está sucediendo a los personajes. No es que sus investigaciones sean muy importantes en sí, pero las derivaciones de estas en un largo período de tiempo, tal vez de miles de años, podrían hacer desaparecer el universo.

-¿Y?

-¿Y? Que de alguna manera, como esos personajes, pienso que tú también has entrado en homeostasis con el todo, estás rompiendo la estructura básica, que son los diagramas de bifurcación. Estos mundos que visitas representan los cambios del resultado final según mínimos cambios del parámetro inicial. Si al principio solo podías vivir en dos universos, Ya solamente ese hecho, llevar un efecto cuántico a nivel de macrocosmos ha trastornado toda la estructura.

-¿Y que va a pasar ahora?

-Ahora tu capacidad se ha multiplicado. Eres el observador perfecto. Es como poder atravesar las bifurcaciones. Ves el gato vivo y el gato muerto. Y al otro, al que nunca cogieron para el experimento. Y también al que se teleportó fuera de la caja. Si coges una línea, una dimensión, y la arrugas, se puede decir que tienes un plano, ¿no? Pues de alguna manera arrugaste nuestro universo y saliste a pasear por la cuarta, la quinta o ¿qué se yo?, una lluvia de realidades alternas cada vez. No te desanimas, todo lo contrario. Esto señala nuevas posibilidades inesperadas para ti.

-No entiendo.

-¿No lo entiendes? Te has ido más allá de la simple mezcla de agua y carbono que es el hombre, y por supuesto que esa experiencia es muy impactante. ¿Te imaginas viviendo todos los mundos posibles al mismo tiempo? Por alguna causa que desconocemos no puedes viajar al pasado ni al futuro. A lo mejor es que no existen, solo el instante presente, en sus infinitas variantes, pero en eso solo estoy especulando. Por supuesto que esto hace difícil o casi imposible formular alguna predicción.

-Inténtalo ¿Cómo terminará todo?

-¿Quién sabe? Me imagino que el universo tendrá que encontrar el equilibrio de nuevo. Por lo visto no pueden eliminarte. ¿Serás inmortal? Creo que no, que al final morirás de viejo en todas las dimensiones. Ahí se repondrá el equilibrio homeostático. Tal vez en alguno de esos viajes de pronto ya no haya vuelta atrás. La otra forma es que poco a poco pases más tiempo en un universo específico y menos tiempo en los otros hasta que todo sea como al inicio y solo existas en uno, con sueños normales y corrientes. De todas formas lo mejor es que te acostumbres. No te opongas, ni desesperes. Fluye con ello. Tampoco te sientas en cautiverio, todo lo contrario. Tú eres más libre que todos nosotros juntos, al fin y al cabo somos propiedad de nuestros objetos, de nuestra realidad consensuada. Somos rígidos.

-Si, pero no puedo elegir.

-Estás en eternidad, el punto de las posibilidades infinitas.

-Tampoco tengo un lugar de regreso. Ni siquiera estoy seguro de que este sea mi mundo.

-Lo importante es que tengas gente esperándote. Y aquí tienes dos. A mí y a Alicia.

Los tres quedan en silencio, mirándose durante un rato. Alicia viene y se abraza a él, recuesta la cabeza en su hombro. Allá afuera sigue el viento batiendo con fuerza, pero ya se siente un poco más débil.